

MOVIMIENTO
DE LAS IDEAS RELIGIOSAS EN EUROPA.
EXPOSICIÓN Y CRÍTICA
DEL SISTEMA KRAUSISTA.

DISCURSO leído por el Exorno. Sr. D. Manuel
Alonso Martínez, Académico de número, en la
Junta pública de 51 de" Diciembre de 1876.

Señores:

Ya que por desgracia carezca de las altas dotes de que habría menester para corresponder dignamente á la confianza que en mí ha depositado la Academia dándome el honroso encargo de llevar su voz en este solemne acto, quisiera tener la fortuna de acertar en la elección del asunto, y así al menos, la grandeza del tema ocultaría la pequenez del disertante.

Movido de tal deseo, apenas si he sido dueño de escoger, porque hay un tema que excita hoy, más que otro alguno, el interés y la simpatía, y que por lo mismo se impone con irresistible imperio; un tema que afecta hondamente á nuestros sentimientos, creencias, costumbres y tradiciones, y que penetra y se infiltra, querámoslo ó no, en la sociedad, en el retiro del hogar y en el santuario de la conciencia: aludo al movimiento de la idea religiosa en la Europa moderna.

La idea religiosa se manifiesta bajo dos formas diferentes, como pensamiento y como hecho; y evoluciona en dos teatros distintos, el de la mera especulación y el de la vida real de los pueblos.

Político y jurisconsulto, más que filósofo y teólogo, si me dejara llevar de mi aptitud y de mis aficiones, estudiaría con preferencia el problema religioso contemporáneo en el Concilio del Vaticano y el *Syllabus*, en las medidas legislativas á que han dado su nombre Bismarck y Falck, en el *Diario de las Sesiones* del Landtag, en el *culturkampf* de Mgr. Ketteler, en las exposiciones del episcopado alemán, en las leyes confesionales de Austria, en la información parlamentaria abierta en Francia á consecuencia de la elección del Conde de Mun, y en suma, en los hechos, libros, folletos y documentos que más al vivo retratan la lamentable lucha trabada entre los representantes del Estado y los de la Iglesia católica, y entre ésta y las confesiones disidentes; lucha gigante, que ni siquiera ha podido encerrarse en los límites del Continente, sino que, traspasando los mares, se ha extendido á la virgen América, y hasta ha removido el suelo de la vieja Inglaterra, dando de ello insigne testimonio las ardientes pastorales de Mgr. Manning, los apasionados folletos de Mr. Gladstone y la carta del Conde Russel al Emperador Guillermo, á nombre de uno de los *meetings* más numerosos y entusiastas que registran los anales de la populosa ciudad de Londres.

Pero sin negar, antes bien proclamando en altavoz, que este problema, á la par que religioso, moral, político y social, cae de lleno bajo la jurisdicción de nuestro instituto, la verdad es que tiene un interés demasiado actual y palpitante para poderle discutir con ánimo imparcial y sereno; y es discreto mantener alejada á la Academia del terreno candente de las pasiones, siquier sean nobles y generosas y merezcan, por tanto, nuestro aplauso.

Habré, pues, de moverme fuera de la órbita de la política, y disertar sobre la evolución del pensamiento religioso en la ciencia, ó sea, en el libro del filósofo y del teólogo.

Mas ¿cómo describir en unas pocas páginas el vasto panorama de los sistemas que con pasmosa rapidez se han sucedido, así en Francia como en Inglaterra y Alemania, desde que el *Ubre examen* se introdujo en el campo de la religión, y tras titánica lucha arrebató su cetro *al principio de autoridad*? Sería imposible comprender el estado actual de las ideas religiosas en Europa sin estudiar sus causas y sus precedentes, á partir de la Reforma, ó cuando menos, de mediados del siglo último; porque en el espíritu, como en la naturaleza, todo se engrana y eslabona: lo que hoy es ha nacido de lo que *fué* ayer, y engendra lo que será mañana. Fáltame espacio, sin embargo, no ya para hacer una estadística completa de las opiniones y los hechos que han preparado el movimiento científico-religioso de la Europa moderna, sino hasta para trazar á grandes rasgos los sistemas de Wolf, Lessing, Reimarus, Semler, Kant, Schleiermacher, Hegel, Strauss y otros filósofos y teólogos que, por su genio y el influjo que han ejercido en la dirección de las ideas, son como los jalones que sirven de guía en el caminó de la ciencia. Si de una sola pincelada y por una alta, aunque vaga generalización, hubiera de retratar la tendencia actual de los ánimos y el carácter del movimiento religioso en los últimos tiempos, diría que hasta el siglo xvr el Catolicismo, en posesión tranquila de la sociedad, y dominando fácilmente protestas ineficaces y pasajeras resistencias, había enseñado que no hay salvación para las almas fuera de la comunión con la Iglesia, depositaría de la pureza de la doctrina y la fe cristianas; que la *Reforma* sustituyó á la comunión con la Iglesia, la comunión con Cristo, autorizando la libre interpretación de los sagrados textos; y que Wolf, y más especialmente Schleiermacher, avanzando un paso más que Lutero y Calvino, dieron el grito de completa independencia y proclamaron que la religión es un sentimiento, una intuición, y no debe buscarse en la *Biblia* ni en las tradiciones, sino en el corazón humano, toda vez que el hombre lleva en sí mismo la conciencia de lo eterno y lo infinito. Esta renovación de la teología alemana — que tal es el nombre que dan los críticos á la introducción en ella por Schleier-

macher del principio de libertad y del método del individualismo cristiano — dio, á mis ojos al menos, por resultado inevitable y fatal, sustraer la religión del poder de los Concilios, el Pontificado, los Santos Padres, los apologistas y los teólogos, para hacerla caer en manos de los filósofos, sometiéndola á todas las alternativas, oscilaciones, aventuras y delirios del pensamiento humano. Así es, por ejemplo, que hay una religión *kantiana* y otra religión *liegeliana*; y como de la escuela de Hegel, á la cual se ha aplicado el tecnicismo parlamentario, han surgido una *derecha*, una *izquierda* y un *centro*, cada una de estas tendencias tiene su religión y su *teodicea* peculiares. Y lo que pasa con Hegel, es igualmente aplicable á todos los filósofos que, por decirlo así, han formado iglesia; quiero decir, que hay tantas teodiceas cuantas son las corrientes que se forman dentro de cada escuela, tantas religiones cuantas son las ramas que brotan del tronco de cada sistema filosófico que, ó por su mérito intrínseco ó por circunstancias accidentales, llega á adquirir gran boga y á hacer numerosos prosélitos entre los amantes del saber. La religión de Schleiermacher no es la de Lessing y Reameros, ni ésta la de Fichte ó la de Schelling, y así sucesivamente. Strauss mismo, formula su religión, y hasta tiene la suya Darwin, con rebajar nuestra dignidad y degradarnos hasta el punto de hacer del mono el ascendiente de la especie humana.

Lícito me será, sin duda, lamentarme de este estado de desorden y de anarquía moral. No soy adversario, sino antes bien amante de la filosofía, aunque no tan apasionado y ciego que la crea en posesión de la verdad absoluta. Lejos de esto, el rudo combate de las escuelas, la febril celeridad con que se suceden los sistemas más opuestos y contradictorios y el favor que alternativamente alcanzan en el público, sediento de saber, y dominado por el vértigo de la novedad, prueban de un modo irrefragable que el entendimiento humano no ha encontrado todavía el pasto que busca ansioso, y que la filosofía se halla aún, no me atrevo á decir que en la infancia por el respeto que me inspiran Aristóteles, Platón, Descartes, Kant y Hegel, pero sí en un estado *caótico*, en el que existen, es verdad, todos

los elementos de la ciencia, pero amontonados y en revuelta confusión. ¿Habrá quien acierte á ponerlos en concertado movimiento? ¿Nacerá el genio poderoso que pronuncie *& fiat lux?* Mucho lo dudo. La filosofía aspira á demostrar la existencia de un principio único, del cual todo se derive y en el que todo se absorba, la identidad del conocimiento y del ser, del espíritu y la naturaleza, de Dios y el hombre, la perfecta ecuación de lo uno y lo vario, lo idéntico y lo diferente, lo finito y lo infinito, el tiempo y la eternidad, y en esta empresa gigante, remontando el vuelo hasta las nubes, le sucede lo que á Icaro. Temo que, si la razón humana puede divisar en lontananza y como envuelto en espesísima niebla el pavoroso enigma del Creador y la creación, le está vedado descifrarle y contemplar á la luz del sol el lazo misterioso que une lo temporal con lo eterno. Es éste á manera de fruto del árbol prohibido al hombre, por lo cual en cada filósofo que imita á Adán olvidando la humana flaqueza, se reproduce el trágico drama de la caída de la humanidad. El *yo* de Fichte, la *idea* de Hegel, el *todo* de Strauss, la *selección natural* y la *ludia para la existencia* de Darwin, y en suma, todas las hipótesis con que se intenta reemplazar al Dios del *Génesis*, son meras abstracciones, creaciones caprichosas de la fantasía que, si fascinan un momento por su aparato científico, por lo vasto de su concepción y la riqueza de sus desenvolvimientos, se desploman luego á los golpes de la piqueta del buen sentido y de la sana crítica, quedando sólo en pié y sobrenadando en el naufragio de todos los sistemas filosóficos el Dios del Cristianismo (1).

Recuerdo sin querer á este propósito lo que dice de Kant un ilustre hegeliano. Entraban en el plan del filósofo de Kcenisberg el aniquilamiento del mundo actual y la formación de otro uevo: empieza, pues, por suponer, sin demostrarlo, que

(1) No puedo resistir al deseo de trasladar aquí una estrofa de *las Geórgicas*, que no recuerdo haber visto citada por ningún teólogo ni filósofo, y en la que, sin embargo, el príncipe de los poetas latinos formula con la mayor precisión y claridad, y aun con el tecnicismo

el sol es un cuerpo incandescente; pero esto no bastaba, sino que había que aumentar su calor para abrasar al mundo. ¿Cómo lograrlo? Para acrecentar el fuego en el hogar se echa leña, y como no la hay en los espacios planetarios, Kant sale del paso arrojando sobre el sol los mismos planetas. Mas, ¿cómo explicar un fenómeno tan extraordinario? Kant recurre á otra analogía: cuando uno está fatigado, se cae de desfallecimiento. Hace, pues, caer de laxitud los planetas y los cometas sobre el sol, y *por tan rara manera* consigue que la violencia de su fuego, avivado por este nuevo cuanto inesperado alimento, disuelva y pulverice las cosas creadas y disperse y difunda sus moléculas por los mismos espacios inmensos que habían ocupado antes de la formación de la naturaleza, hasta que no sé qué mágica combinación de las fuerzas atractiva y repulsiva las reúne, las ordena comunicándolas suavísimo impulso y concertado movimiento, y renace el mundo, como el fénix, de sus cenizas, pero más perfecto y mejor, después que el fuego le ha purificado. No hay uno solo de los grandes filósofos modernos, sin exceptuar á Hegel, á quien no pueda aplicarse con igual razón esta amarga ironía del distinguido profesor de Ñapóles.

Y en tal estado la ciencia, ¿será mucho pedir á los sabios, que sin renunciar á la libre investigación filosófica, derecho

moderno, el sistema panteísta. Describiendo el instinto admirable de la abeja, dice así:

Al ver tanta virtud . hay quien opina
que ennoblece su ser llama divina.
Dios llena, dice el sabio, el mundo entero,
la tierra, el mar y espacios celestiales;
y de su eterna luz rayo ligero
el hombre anima, y plantas, y animales;
ninguno de los seres muere entero:
se une á Dios todo, rotos los mortales
lazos, y siempre en vida á su primera
fuente retorna en la estrellada esfera.

í Traducción del Sr. Pérez de Camino, editada por tí autor de este discurso. J

sacratísimo que no ha de negarles ciertamente esta Academia, guarden algún miramiento á la religión, que es el pan del pobre, el único bálsamo que cura las heridas del alma y la última esperanza del moribundo? Y ya que respetemos el libre vuelo del pensamiento en el descubridor de la idea, en el fundador de un nuevo sistema, porque sólo así, tropezando hoy en un escollo y mañana en otro, es como lenta y laboriosamente se realiza el progreso humano, ¿no tendremos al menos derecho á exigir moderación y prudencia á sus discípulos y sectarios que, en vez de dejar encerrada en el libro la doctrina del maestro, se apresuran en su ardor irreflexivo á aplicarla á todas las esferas de la vida? No hay orden social posible sin la fe religiosa, que infunde resignación al proletario hambriento, cuyo solo lote en el mundo es el trabajo, ahogando las tentaciones y calmando las tempestades, que la presencia del rico y los placeres del lujo levantan en su corazón, desgarrado por la miseria y agitado por la envidia y la concupiscencia. En España es más necesaria que en otra parte alguna la prudencia de los escritores, ya por el respeto que merecen las creencias y tradiciones de nuestro pueblo educado en la unidad católica, ya por la vehemencia propia de nuestra raza meridional que se asfixia, por falta de aire respirable, en las altas esferas de la especulación y, sedienta de representaciones, imágenes y realidades, se posa al punto en la tierra pasando bruscamente de la idea á la acción, y ya en fin, por el carácter y las tendencias de la doctrina filosófica entre nosotros dominante.

Acontece, en efecto, que en España casi todos los hombres de ciencia son krausistas. Débese esta privanza del sistema de Krause, entre nosotros, no tanto á su propia valía— y tiene sin duda mucha — como á circunstancias accidentales y extrañas á su mérito intrínseco. Cuando un personaje ilustre, cuya muerte llora esta Academia, el Excmo. Sr. Marqués de Pidal, aconsejó, como Ministro, á la Corona el establecimiento de la facultad de Ciencias filosóficas, no se encontró una especialidad á quien poder confiar la cátedra de filosofía, y fué preciso echar mano de un profesor de Derecho, muy competente sin duda en

la ciencia jurídica, pero ajeno á los estudios filosóficos, según confesaba él mismo con honrosa modestia. ¡Tanta era á la sazón nuestra pobreza en este ramo del saber! Recuerdo bien que yo era su único alumno, y que habiendo pedixlo de consuno al extranjero los más notables autores alemanes, reclamaba el derecho de leerlos él primero, invocando su título de Maestro, por más que me tratara como colega y amigo, gracias á su bondad inagotable. Deseando el Gobierno remediar la falta de profesores, envió á Alemania á D. Julián Sauz del Rio, quien, por motivos que no son de este lugar, abrazó con frenesí el sistema krausista, difundiendo más tarde su enseñanza por toda España desde la Universidad Central, donde agrupó á su alrededor lo más florido de la juventud, siempre generosa, pero tan irreflexiva como entusiasta. Quiere decir, señores, que nuestra patria, que había quedado tan á la zaga de las demás naciones, despertó de su largo y profundo sueño á los dulcísimos acordes del *paneyüismo*. Fué Krause, interpretado por Sauz del Rio, quien introdujo á la juventud española en Alemania, en ese pueblo cuyo prodigioso movimiento científico excitaba vivamente la curiosidad de los amantes del saber, halagando su vanidad el conocimiento, siquiera fuese superficial, de los sistemas idealistas allí reinantes. Y aun tengo para mí que tal predilección por el estudio de los filósofos alemanes no reconoce por únicas causas la curiosidad y la vanidad científicas, ni siquiera el imperio de la moda, que es, sin embargo, soberano, aun entre los sabios, sino también *el encanto de lo desconocido*. En Alemania, en ese país cubierto á menudo de una niebla tan densa que no deja penetrar los rayos del sol, nacen sin duda inteligencias privilegiadas, pero que, participando de la naturaleza del clima, envuelven sus conceptos en opacas nubes que no permiten llegar hasta los lectores la luz clara y esplendente de la verdad. Y sucede al entendimiento humano lo que á cierta pasión, de la cual decía el insigne poeta Camoens en su magnífica descripción de la diosa Venus ;

Despierta sus deseos lo que encubre
más que lo que descubre el velo raro.

Esa misma oscuridad, que Kant suponía calculada, condenándola, y que yo creo natural, originada de una parte en lo abstruso de la materia, y de otra en el genio alemán, agujonea en el lector el deseo de penetrar en las profundidades del pensamiento del filósofo, y la imaginación excitada cree ver más de lo que en realidad existe en frases estudiadas, misteriosas, sibilíticas, que muchas veces no son más que construcciones arbitrarias y artificios retóricos para llenar una laguna en el sistema, ó disimular un salto en el desenvolvimiento dialéctico de la idea. Como quiera que sea, no puede negarse que el krausismo fué quien abrió á nuestra juventud las puertas del templo de la filosofía alemana. Sólo así se explica el predominio que en España ejerce un filósofo, que está muy lejos de ser considerado como de primer orden en su propia patria. Kant, Fichte, Schelling y Hegel fueron juzgados en España por el prisma de las ideas krausistas, cuyo apostolado había ejercido Sanz del Río. Y basta que la generación actual se haya amamantado en esta escuela, para que yo me decida á examinar sus puntos de vista en lo tocante á la religión, ya que las exiguas proporciones de un discurso académico no consienten una crítica general del movimiento religioso en Eviropa.

Confieso que ha estado á punto de retraerme de este propósito la preferencia que ha dado algún cuerpo científico en el año último á las discusiones sobre el darwinismo y la teoría de la evolución ó el trasformismo; pero á mi juicio, el imperio de estas doctrinas será pasajero y fugaz, ya porque no resisten la crítica, ya porque nuestra raza propende al esplritualismo. Temo, por tanto, que después de un breve eclipse, renazca con más fuerza la doctrina krausista, patrocinada por profesores de indiscutible mérito y de gran prestigio entre la juventud.

¿Es la religión una institución pasajera, un mero accidente en la historia, ó es una necesidad real del espíritu humano? ¿Ha engendrado á la religión el miedo á las fuerzas de la naturaleza, como pretenden Epicuro y Lucrecio, ó tiene su fundamento en la razón y en nuestra propia esencia? ¿Es tal vez una hábil invención de los hombres de Estado para disciplinar las

pasiones de los pueblos y hacerlos gobernables, ó es, por el contrario, una planta espontánea, un árbol cuyas raíces tocan en la conciencia, elevándose sus ramas hasta el cielo ?

A estas preguntas, Krause y sus discípulos dan una respuesta categórica. No buscan el origen de la religión en el miedo de Epicuro, ni en el deseo egoísta de Hume, ni en el más desinteresado de Feuerbach, ni siquiera en el sentimiento de dependencia de Schleiermacher, no: la religión á sus ojos es, como la justicia, la ciencia ó el arte, un elemento constitutivo de la humana naturaleza: el hombre es un ser religioso, como es intelectual y moral, y no hay poder en la tierra que alcance á mudar su esencia.

Para evitar la multiplicidad de citas, me limitaré á resumir lo que sobre este punto dice Tiberghien en sus *Estudios sobre religión*. No extrañéis que dé la preferencia al discípulo sobre el maestro. Krause es sumamente oscuro: traducido ó explicado por Sanz del Río, se hace de todo punto ininteligible; interpretado por Ahrens ó Tiberghien, que son verdaderos escritores, su pensamiento es trasparente y nítido; y cuenta que quien bien escribe, es que sabe pensar: la oscuridad en la expresión refleja siempre cierta vaguedad ó falta de precisión en los conceptos, y es síntoma de una especie de indigestión intelectual.

¿Es la religión un elemento de la naturaleza humana? Tales son los términos en que Tiberghien plantea la cuestión, y ciertamente no podrá acusársele de excesivamente cauto ó ambiguo. Con la misma franqueza elimina de su tesis las *religiones positivas*, las cuales no son á sus ojos sino « manifestaciones particulares de la idea religiosa,» declarando que toma la palabra *religión* en su acepción universal, consagrada por la tradición y la ciencia, y que entiende por ella « toda relación íntima, es decir, toda relación de pensamiento y de sentimiento que se establece entre el hombre y Dios en la vida ».

Así planteado el problema, interroga, para resolverle, ala historia y la filosofía.

No hay pueblo sin religión, sin culto, sin una cierta noción

de Dios, considerado en sus relaciones con el hombre sobre la tierra y más allá de la tumba. La religión es tan múltiple como las razas, las naciones y las tribus de la familia humana. Sus ramas principales son el *fetichismo*, el *politeísmo* y el *monoteísmo*; y, aunque el orden de su aparición en el mundo es algo incierto, la humanidad, á su juicio, ha empezado por el último. Para demostrar esta tesis combate á los partidarios del progreso continuo simbolizado por la línea recta, á los filósofos y moralistas que creen en un estado de naturaleza anterior á todo estado social, y á los naturalistas que han imaginado la teoría de *la escala de los seres* que liga el hombre al criptógamo, por una serie no interrumpida de términos intermedios, ora se consideren las especies como fijas y permanentes desde el origen, ora se admita la trasformacion de las unas en las otras, según las circunstancias exteriores, en el movimiento progresivo de la creación. De modo que acepta, no en sus principios ni en su dogma, pero sí en sus resultados, la opinión de los partidarios de la revelación primitiva, que miran la idolatría y el culto de los dioses como aberraciones nacidas del pecado original, y el monoteísmo cristiano como la restauración sobrenatural del estado primitivo de la especie humana.

Este punto es muy interesante, y os ruego que fijéis en él vuestra ilustrada atención. El krausismo casi reduce la historia de la humanidad á la representación del gran drama cristiano de la caída y la redención del hombre; sólo que le despoja de todo carácter sobrenatural. Ved aquí la explicación puramente humana ó científica con que pretende reemplazar el *pecado original* y el augusto misterio de la *Encarnación*.

El hombre de los primeros días, dotado de todas las cualidades del ser racional, posee la conciencia y el sentimiento de sí; se orienta en el mundo y, curioso como el niño, no tarda en preguntarse el *cómo* y el *por qué* de los fenómenos que le impresionan. Desde este momento principia para él la *ciencia*, y lo verdadero se separa de lo falso.

Todo hombre tiene necesidades que reclaman satisfacción so pena de sufrimiento, y tiende á prevenir el dolor por la previsión.

Cuando, para satisfacerlas, aplica su actividad á los objetos exteriores, crea la *industria*.

El hombre es completo desde su origen. Tiene el sentimiento de la belleza y aspira á realizarla ó representarla en sus obras. De aquí el *arte*.

A la vida intelectual se une la *moral*. La distinción entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, no esperan la promulgación de una ley escrita ni el advenimiento de una revelación dogmática; es inseparable de la conciencia.

El hombre ve, en fin, presiente y reconoce, con una previsión instintiva, el conjunto de las cosas y las relaciones que las unen. La noción de la parte, la intuición de algunos seres determinados, limitados entre sí, no satisfacen su razón. De la parte se eleva al todo, del efecto á la causa, de lo finito á lo infinito, de la multiplicidad á la unidad, y á este todo, que es uno, que es infinito, que es causa de todos los seres del mundo, lo llama *Dios*. Desde este momento nace la *Religión* bajo la forma del *monoteísmo*. Dios, por otra parte, que habla a la razón, no abandona jamás al hombre á sí propio. Dejando á un lado toda intervención milagrosa y toda manifestación sensible de la Divinidad, se puede admitir que Dios concurre con el hombre cuando el hombre liace el bien, y que le auxilia en su elevación á la vida moral.

Tal es, en su más simple forma, la tradición universal de la edad de oro ó del Paraíso terrestre. Esta tradición se comprueba en sus rasgos principales por el conocimiento que tenemos de la naturaleza humana, que es inmutable; por la marcha constante del espíritu; por los sucesos ulteriores de la historia, y aun por las *leyes* que presiden la sucesión de las edades.

Todo ser vivo recorre, en efecto, tres fases sucesivas en su movimiento ascendente: un período de *unidad*, que constituye su existencia embrionaria, donde todos los órganos están aún envueltos y confundidos, no desenvueltos y distintos; un período de *variedad*, que constituye la evolución progresiva y espontánea en el que los órganos aparecen sucesivamente oponiéndose los unos á los otros; y últimamente, un período de *armonía* que

revela la madurez, el desarrollo completo de la vida, en el que todos los órganos, plenamente desenvueltos, concurren con actividad diversa á la unidad del fin, á la realización de la naturaleza una y total del ser orgánico. Estas tres leyes, la unidad, la variedad y la armonía, en otros términos, la tesis, la antítesis y la síntesis, se aplican, no sólo á la planta, al animal y al hombre, sino también á la historia, á la vida de la humanidad sobre la tierra.

La *edad embrionaria* de la humanidad se concentra en el Edén, donde los hombres vivían íntimamente unidos entre sí, con la naturaleza y con Dios. La religión del Edén era el monoteísmo. Pruébanlo las tradiciones, y lo confirman los libros sagrados de la India, de la Persia y de la Palestina. El *Zend-Avesta* de Zoroastro identifica á Dios con el bien y coloca el origen del mal en la criatura. Los vedas, anteriores á las epopeyas mitológicas de la India, celebran el culto de Dios bajo los atributos de creador, de conservador y de destructor, antes que Brahma, Vishnú y Siva tuviesen altares distintos, antes que Budha hubiese comenzado la reforma de las religiones ortodoxas. La *Biblia*, en fin, proclama el monoteísmo de la manera más enérgica, y la gran obra de Moisés depone en favor de la casta sacerdotal del Egipto. Al testimonio de los primeros monumentos literarios del Oriente se agregan los trabajos de los filósofos. Las lenguas más antiguas, el sanskrit y el zend en la familia indo-germánica, son también las más ricas y perfectas, y la cultura de estas lenguas muestra de nuevo la cultura espiritual de la humanidad en su cuna. El estado inicial de los pueblos es, pues, un estado de civilización.

Pero ¿cómo se explica entonces la adoración posterior de los dioses y los ídolos? El paso del monoteísmo al politeísmo acusa una *caída*: esto es incontestable. Admitir muchos dioses después de haber reconocido á Dios, no es progresar, sino decaer. La *caída* es, pues, un hecho real y no una hipótesis; y este hecho se verifica de nuevo por las leyes del desenvolvimiento de la humanidad confirmadas por las tradiciones. Lo que la *Biblia* cuenta no debe ser repudiado, sino sólo despojado

del carácter maravilloso de que está revestido. La *caída* es el momento crítico que separa entre sí las dos primeras edades de la vida; es la entrada en el período de la *variedad*. Como el niño nace en el dolor y comienza su evolución espontánea desligándose de su madre, la humanidad ha dejado el Edén en la angustia y ha comenzado su existencia aventurera desligándose de Dios. Después de haber vivido en paz con sus semejantes y con todos los seres del mundo, aunque obrando bajo el imperio del instinto, los hombres han adquirido gradualmente la conciencia y el sentimiento de sus fuerzas, de su saber, de su independencia; han exaltado su poder; el orgullo ha entrado en su alma; han roto violentamente las relaciones íntimas que los unían á Dios y á la naturaleza. Han caído así en el desorden, en el mal, en el error. Por la *caída* se explica el *politeísmo*, que degeneró en *fetichismo* entre las razas embrutecidas por la servidumbre y entre los pueblos que se apartaban del camino de la humanidad, que se aislaban ó encerraban en sí mismos y continuaban descendiendo en el curso de la civilización.

No hay para qué añadir que, según la doctrina krausista, la humanidad, después de haber bajado por la pendiente del mal hasta tocar en el abismo, no podía menos de ascender hacia el bien en la espiral de la vida y reconciliarse con el Dios uno y verdadero.

Es esta la ley de la *síntesis*, la edad de la *armonía*, la *redención* después de la *caída*.

¿Y es, por ventura, el Cristianismo el que simboliza esta reconciliación del hombre con Dios? De ninguna suerte: para Krause son lo mismo en rigor Zoroastro, Budha y Mahoma que Moisés y Jesús, porque no admite la revelación temporal ó histórica, sino sólo la *filosófica*, ó sea, la manifestación continua y eterna de Dios á la razón humana en general, siendo á sus ojos la revelación histórica, individual ó teológica, ya que no una impostura, un mero producto del entusiasmo del genio, y cuando más, una de las manifestaciones progresivas de Dios á la humanidad. En todo caso Jesús no es, según la doctrina krausista, más que un hombre superior, poseído del

santo entusiasmo del profeta ó del apóstol, y que, mejor penetrado que sus contemporáneos de la conciencia y del sentimiento de Dios, puede ser mirado como uno de sus misioneros en la tierra para la educación del género humano..

Mas ya que Krause proscriba las religiones positivas ó no las mire sino como evoluciones progresivas de la idea religiosa en el tiempo, ¿será al menos el Cristianismo en su fondo y esencia la religión ideal, absoluta, la forma religiosa definitiva de la humanidad? ¿No simbolizará al menos Jesucristo la entrada en la edad de la armonía y la redención del hombre? Nada menos que esto.

Los krausistas repiten con Edgar Quinet: «¡Basta de sueños! Salgamos de la infancia; que tiempo es ya de ser hombres.» ¡ Como si el Cristianismo fuera una religión indigna de la virilidad de la generación actual, un molde demasiado estrecho para la rica y variada civilización del siglo xix! El más elocuente de los discípulos de Krause no se contenta con repudiar la trascendencia del pecado original, la doctrina de la eternidad de las penas y los augustos misterios de la Encarnación y de la Trinidad, sino que, en su profunda antipatía á la Iglesia católica, sostiene que *el arte moderno no es cristiano*, que es una resurrección del paganismo, una invasión de los dioses de la Grecia en el espíritu y el corazón de Rafael, Miguel Ángel, Calderón de la Barca, Dante y Milton. Y en su afán de demostrar que «ya nada es católico en las sociedades modernas, sino los dogmas y los misterios que nadie puede comprender y que se enseñan á los niños,» calumnia al Cristianismo diciendo: «El trabajo no es ya una maldición, sino un deber y un honor. El lujo no es ya un vicio, sino la eflorescencia de la civilización. Las alegrías y los goces de la vida no son un robo hecho á Dios, sino un beneficio del cielo. La miseria no es tampoco una necesidad impuesta al hombre, sino una desgracia que hay que combatir por el trabajo, por el crédito y por la *acción combinada de las fuerzas sociales*. La tierra no es una tienda para los peregrinos que suben al cielo, sino una morada fija y cómoda. La Iglesia sepáralo que debía estar unido, el marido

y la mujer, los amos y los criados ¡ y una *por la prohibición del divorcio*, lo que debía estar separado: y en fin, la caridad universal es *un principio nuevo*, incompatible con un culto exclusivo, que divide á los hombres en fieles é infieles, en elegidos y reprobos.»

¿Me detendré á defender al Cristianismo de tan injustas imputaciones? Me falta espacio para ello. Sólo he querido agruparlas para poner de relieve una vez más el carácter impío, anárquico y socialista de la doctrina de Krause, que es, sin embargo, el alimento que se da al espíritu y al corazón de la juventud en nuestras Universidades. En trabajos anteriores he demostrado ya ante la Academia que el divorcio, que disuelve la familia, es contrario á la naturaleza del matrimonio, y constituye un atentado contra la debilidad y la dignidad de la mujer, y una violación del derecho sacratísimo de los hijos y de la sociedad. He probado de la propia suerte que el absolutismo de los derechos individuales y la falsa noción del Estado, dentro de esta escuela, llevan fatalmente á la anarquía social; y por último, he evidenciado que la teoría krausista de la propiedad es inferior á la de Luis Blanc y á la doctrina del derecho al trabajo. En cambio, he hecho patente que la familia cristiana, tan superior á la familia india, á la griega, á la romana, y en suma, á la de todos los pueblos del mundo, es hija de estas sublimes palabras del Redentor: *Jam non sunt dúo, sed una caro. Quod, ergo, Deus conjunoñt, homo non separet*. He pasado asimismo revista á cuantas teorías sobre la propiedad se han producido en el dominio de la ciencia, y he hallado que todas son falsas ó incompletas, menos la que se encierra en estas dos admirables máximas bíblicas: *Deus dedit terram Jüiis hominum: In sudore vultus tai vesceris panem*; máximas que, consagrando la apropiación de la tierra por el hombre, á condición de que éste la haga suya por el trabajo, destruyen de raíz el argumento capital de Rousseau, Brissot y Proudhon, haciendo imposible que brote en tierra cristiana la planta venenosa y mortífera del socialismo y del comunismo. ¡Y todavía se dice que el trabajo no es más que una maldición en el Cristianismo!

No: *deber* de los fieles es cumplir aquel *precepto* soberano del Supremo Legislador del Universo, y lo que hace el sistema krausista con suprimir el precepto y conservar el deber, es quitar á éste su carácter religioso, su sentido místico y profundo y su *divina sanción*.

¿Y con qué derecho se afirma que la caridad universal es un *principio nuevo, incompatible con el Cristianismo*, que divide á los hombres en fieles é infieles? ¿Pues no ha dicho San Pablo (Galat., III, 28): «Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre, ni hombre, ni mujer, porque no sois más que uno en Cristo?» Y en otro pasaje (Colos., III, 11): «Aquí no hay griego, ni judío, ni circunciso, ni incircunciso, ni bárbaro, ni scyta, ni esclavo, ni libre, sino que Cristo es todo en todos,» etc.

] Ah! Los krausistas son mucho más injustos con el Cristianismo que Strauss, el cual confiesa «que Jesús concibió á Dios como el Padre celestial cuya bondad infinita no distingue entre sus hijos á los amigos y los enemigos de su ley,» añadiendo que «esta idea, de la cual hizo la base de su concepción religiosa, no la tomó Jesús del Antiguo Testamento, sino que brotó espontáneamente del fondo de su corazón, hasta el punto de que esa su infinita bondad *sin acepción de personas* era su propia naturaleza y su misma alma, que se sentía en perfecta armonía con Dios.» ¿O por ventura se quiere que, dado el supuesto de una religión positiva, la lengua no tenga palabras para distinguir al que está dentro de la Iglesia del que vive fuera de ella, al creyente y al que no cree?

¿Y no es absurda la acusación relativa á los criados, tratándose de una religión amorosa que ha inspirado á Chateaubriand en el poema de *Los Mártires* la noble figura de Lasténes, tipo inmortal del amo cristiano?

Bien que no hay aberración que iguale á la de echar en cara á la religión cristiana la admirable previsión con que planteó el pavoroso problema de la miseria en el seno de la humanidad. Moisés y Jesús conocían las condiciones del globo y de la naturaleza humana mejor que Platón, Moro, Campanella, Morelly,

Mably, Owen, Saint-Simón, Fourier, Cabet, Kant, Krause y cuantos utopistas han soñado una edad de oro en la que, desterrada del mundo la pobreza, reine entre los hombres una paz perfecta y una inefable dicha; y por eso les infundieron la resignación diciéndoles: *semper pauperes liabetis vóbiscum*.

¡Sea en buena hora! se dirá; pero el Cristianismo censura el lujo, y las alegrías, y los goces de la vida, y hace de la tierra, de esta cómoda morada, un camino de peregrinación para llegar á la bienaventuranza eterna. ¿Pues qué queréis? ¿Que la Religión cante las maravillas de la industria, las comodidades que proporciona la riqueza, los placeres del amor sexual, y, en una palabra, que avive en el hombre la codicia, la disipación, la lujuria y la concupiscencia? ¡Ah! Como el sol disipa las nubes, despeja el horizonte y dora con su esplendente luz las montañas y los valles, ahuyentando la tempestad, así la moral severa del Evangelio iluminó á su aparición el espíritu y el corazón de los hombres, salvando de un cataclismo á aquella sociedad descreída y materialista, que, al posar su ojos en la tierra, perdió de vista el cielo, embriagada por los placeres mundanales. ¿Y está, por ventura, tan distante del descreimiento y materialismo del Imperio romano en los tiempos de su decadencia, la sociedad actual, merced, no sólo á los prodigiosos inventos de la industria, sino á otras muchas causas, entre las cuales figura en primer término el predominio del Ubre examen y del criterio individual, rebelde contra todo principio de autoridad, aun en la esfera religiosa? Es invertir los términos y desconocer la función propia de la religión en el organismo de la vida, pretender que, en vez de *freno*, sea un incentivo para las pasiones humanas.

Pero me olvidaba, al decir esto, eme para los krausistas, el desenvolvimiento espontáneo de nuestra propia naturaleza hará que llegue un día feliz en que en la Sociedad, como en el individuo, todas las fuerzas converjan y se unan para la realización del bien, como fin común. Esta *edad de la armonía*, en la que la humanidad, plenamente desenvuelta en todos sus elementos, en la ciencia, en el arte, en la industria, en el derecho,

en la moral y en la religión, reúne sus fuerzas, las coordina, las concentra en los grupos sucesivos de la familia, del municipio, de la nación, de la federación de los pueblos, y se eleva así á la unidad con la conciencia y el sentimiento completos de su destino, comienza ya á dibujarse en la invención de la imprenta, en el descubrimiento de la América y las Indias Orientales, en la fusión de las razas y el despertar de las nacionalidades, en los planes de los *amigos de la paz*, en los telégrafos, los caminos de hierro y la apertura de los istmos que interrumpían la continuidad de los mares, en los trabajos críticos y filológicos de este siglo que permiten reanudar el hilo de las *tradiciones* entre el Oriente y el Occidente y soldar para siempre la cadena délos tiempos, rota por las peripecias de la historia, en el *garantismo*, el *libre cambio* y los *congresos internacionales*, y sobre todo, en la doctrina de Krause, expresión fiel y científica de la idea de organización, que justifica y completa todas las tendencias armónicas de la sociedad en el orden *intelectual* y *material*, y que, en el dominio *moral* y *religioso*, establece sobre la *base de la razón* un acuerdo perfecto, exento de todo género de preocupaciones.

Confieso, señores, que cuando después de sostenida y penosa meditación para llegar al conocimiento de ciertos sistemas filosóficos, los miro en su conjunto y advierto que son construcciones artificiales, planes sin duda gigantescos, pero quiméricos, casi me arrepiento del tiempo perdido y siento la tentación de abandonar, por ejemplo, la lectura de Hegel ó de Krause pol-la del Dante ó Milton, cuyas fantásticas concepciones, exornadas con las galas de la poesía, no engañan á nadie y son más agradables. Son muchos los utopistas que pasan por grandes filósofos y que, sin embargo, sueñan en un paraíso terrenal, en el que ya no habrá Guardia Civil, ni jueces, ni procesos. Moisés y Jesucristo conocían más á fondo la naturaleza humana; sabían que esta vida será en lo futuro, como es en el presente y lo ha sido en lo pasado, una vida de dolores y miserias, y por esto predicaron la humildad y la resignación; sabían que el hombre, ser perfectible, mas nunca perfecto, es y será perpé-

tuamente en el mundo un compuesto de razón y de pasiones, y por eso su santa doctrina le excita á que modere éstas.

No temáis que esta predicación, ni la de la vida más perfecta del celibato para consagrarse á Dios, mate la industria, destierro los esplendores del lujo, ni acabe con la familia y la sociedad. El divino Redentor pesó en su infalible balanza la fuerza de los resortes que mueven la voluntad humana, el amor déla riqueza, el deseo del bienestar, la codicia del poder, la vanidad, el orgullo, la soberbia, la gula, el atractivo de los sexos, todos nuestros sentimientos y pasiones, y vio que está tan apegado el hombre á la tierra, que apenas si basta una religión de humildad, de abnegación y sacrificio para que de vez en cuando vuelva su mirada al cielo, donde la vida es eterna, y no pasajera y fugaz como en el mundo.

La edad de la armonía de Krause es un mito, porque supone la trasformacion de la naturaleza humana en naturaleza angélica. Y este es el error capital de todos los sistemas idealistas; hacer del hombro una abstracción, mutilando una parto integrante de su ser, las pasiones ó las tentaciones de la carne, y confundir el ideal de la razón con la realidad de la vida humana.

Pero el krausismo es más nocivo á la sociedad que el resto de los sistemas idealistas alemanes. Lessing es sin duda un espíritu revolucionario, como lo demuestra esta significativa exclamación: « Lutero nos ha librado del yugo de la tradición. ¿Quién nos libertará del yugo aún más insoportable de la letra?» Pero aunque aspirase á trasformar la teología, sustituyéndola con lo que él llamaba el Cristianismo de la razón; aunque desdeñara la autoridad de la *Biblia*, se apresuraba á añadir que el más firme cimiento de la religión del Crucificado está en su mérito intrínseco, en su esencia, en su verdad propia, y establecía dos conclusiones importantes: 1.^a, que la religión *racional*, esencialmente individual y subjetiva, no puede llegar á fundar iglesia, ni ser por tanto el símbolo y la creencia de una colectividad, siendo este un privilegio exclusivo de las religiones reveladas ó positivas; y 2.^a, que el Cristianismo, que es

en Occidente la forma de la revelación en la Edad Media del desenvolvimiento del género humano, está destinado á durar mientras haya hombres en la tierra que tengan necesidad de un mediador entre ellos y la divinidad.

Kant, padre del idealismo moderno, ha escrito un tratado sobre religión en el que admite todo cuanto constituye una religión positiva: revelación, dogma, iglesia y culto; por más que, fiel al espíritu crítico y subjetivo de su filosofía, haya sostenido que no perteneciendo las verdades religiosas al dominio de la razón pura, no pueden ser de modo alguno demostradas, determinándose únicamente su valor por su relación con la razón práctica; de donde deduce que la fe de la Iglesia debe ser soberanamente interpretada por la fe religiosa pura, ó lo que es igual, por la razón práctica, y que por efecto de esta interpretación, «la histórica tiende incesantemente á convertirse en fe racional, preparándose así, por este tránsito de la primera á la segunda, la universalidad del reinado de Dios sobre la tierra.» Ciertamente esta profecía es una ilusión pueril que Lessing se había anticipado á desvanecer, declarando con gran sentido práctico que la fe *racional*, esencialmente individual y subjetiva, no puede fundar iglesia, ni menos convertirse en símbolo universal; pero al cabo es evidente que el fondo de la filosofía kantiana es más religioso y cristiano que el de la filosofía krausista.

Otro tanto digo de los discípulos del filósofo de Kcenisberg. Basta recordar que Schelling encuentra expresadas de una manera poética y simbólica en la doctrina del Cristianismo las ideas eternas de la razón, si bien al explicarlas las da un sentido diferente del que tienen en la teología dogmática; **que** Fichte en el último período de su vida, en el que su pensamiento religioso tomó cierto tinte místico, proclamó á Dios *uno* y *trino*, siquiera diese al sagrado dogma de la Trinidad una interpretación poco conforme con la doctrina de la Iglesia, y que Hegel sostiene que la religión cristiana es la religión absoluta, la forma religiosa definitiva de la humanidad, por más que yo no pueda aceptar su distinción entre el Cristo ideal y el Cristo histórico, ni tampoco la identidad que en el fondo establece

entre la religión y la filosofía, suponiendo que la primera expresa, bajo la forma imperfecta de la imagen y del *símbolo*, las mismas verdades que la segunda explica y demuestra bajo la forma más clara y correcta de la *idea*.

No hablemos de Schleiermacher, de este hombre extraordinario, escritor á la par que orador, sabio á la vez que hombre de acción, consagrado á la enseñanza y al santo ministerio, que ha tenido la fortuna de que su nombre inspire universal respeto en Alemania y que sus doctrinas hayan hecho cambiar de dirección los estudios teológicos y las ciencias eclesiásticas. A decir verdad, yo veo en él, más que un teólogo profundo ó un filósofo de primer orden, un poeta, un artista, un soñador. Bastaría á justificar esta última calificación, que sin duda parecerá atrevida, su *monólogo* sobre la juventud y la vejez. Pero de todas suertes, aunque su idea de la religión sea incompleta y falsa, y su noción de Dios esté impregnada de spinosismo; aunque su teoría sobre la religión parezca, en lo fundamental, el molde en que ha vaciado la suya Krause, no ciertamente en cuanto afirma que la religión no es saber, no es ciencia, sino sentimiento, intuición, pero sí en cuanto dice que la religión es *la conciencia inmediata y viva de la existencia del ser finito y pasajero en el seno del ser infinito* y eterno, de tal suerte, que *buscar y hallar lo infinito* en todo lo que vive y se agita y en cuanto se realiza y cambia, es *ser religioso*; aunque no nos sea lícito asociarnos á quien en un arranque de entusiasmo por la *sustancia única* tuvo la audacia de exclamar: «¡Venid conmigo á rendir homenaje á los manes de San Spinosal Para él, lleno del espíritu universal, lo infinito era el principio y el fin, y el Universo su eterno y único amor; con santa inocencia y profunda humildad se miraba en el mundo eterno, y él mismo era su espejo fiel;» al cabo no puede negarse que el alma tierna, sentimental y un tanto afeminada del teólogo alemán era, en el fondo, religiosa y cristiana. Por esto murió administrando la Santa Cena á sus amigos y á sí mismo, él, que fundó el individualismo cristiano, él, para quien la religión no era un conjunto de dogmas revelados, sino un tesoro oculto, que cada hombre

posee en su propio seno, y que forma parte de su naturaleza.

No hablemos tampoco de otro célebre teólogo, no menos sentimental y romántico que el anterior, de Feuerbach, para quien Dios « es una lágrima de amor vertida secretamente sobre la desgracia del hombre, un indecible suspiro oculto en el alma humana. » Nada más lejos de mí que aceptar una teoría que hace de las religiones un fenómeno meramente *psicológico*, prestando al *deseo* tal poder de fascinación y verdadera magia, que llega hasta *encantar* y transformar la naturaleza, convirtiéndola en divinidad. Una doctrina, según la cual la esencia de los dioses no es otra cosa que la esencia de los *votos* del hombre, y que reputa á éstos por seres sobrehumanos y sobrenaturales, más que un sistema teológico serio, parece un cuento fantástico ó un romance germánico. Pero al menos, y siquiera parta de una falsa idea, llega hasta el misticismo cristiano, porque supone que el progreso histórico de las religiones consiste en que las últimas miran como subjetivo ó humano lo que las primitivas contemplaban como objetivo y adoraban como divino, y, juzgándolas con tal criterio, deduce en conclusión que el Cristianismo, que es todo amor, es la idea más completa y pura, el ideal mismo de la humana naturaleza.

El mismo Strauss, " justamente anatematizado por los teólogos católicos y protestantes, y calurosamente combatido por uno de los más autorizados y elocuentes discípulos de Hegel, el filósofo Vera, es más favorable al Cristianismo que la escuela krausista, no ya en su primera obra sobre la vida de Jesús, en la que, manteniéndose fiel á la doctrina de su maestro, se esforzó por encontrar en los dogmas cristianos de la *Trinidad*, la *Encarnación*, la *Fasion* y la *Redención* los diversos *momentos de la lógica hegeliana*, sino hasta en su último libro, destinado, en la intención del autor, á destruir por la erudición y la crítica el asentimiento á lo sobrenatural y milagroso, y que ofrece él mismo un testimonio vivo y elocuente de la propensión de la humanidad á creer en el milagro, porque milagro es y grande explicar racionalmente y por manera natural cómo los discípulos

de Jesús adquirieron la fe en su Resurrección, y cómo «este mito, fecundado por la exaltación de los ánimos, desarrolló una vegetación exuberante de retoños, á mal mus maravillosos, siendo ya lógico que el Profeta, hijo de David, se convirtiera en el hijo de Dios, engendrado sin Padre, que el hijo de Dios se transformara en Verbo, creador encarnado, y que la vida terrestre de Cristo no fuera más que un episodio por el cual interrumpió, para la salvación de los hombres, su existencia eterna al lado de Dios.» Strauss coincide en verdad en muchos puntos con la escuela krausista, singularmente en lo relativo á la divinidad de Jesús, á los misterios y los dogmas y á la noción del Estado, la industria y el arte; pero si no admite el Cristo histórico, glorifica al menos al Cristo ideal, y encarece sobre toda ponderación el sermón de la montaña, en el que el pensamiento cristiano se derrama como fecundante lluvia de primavera: pinta el Cristianismo como la iniciación de la humanidad en una conciencia más íntima y completa de sí misma, y afirma que la purificación y la salvación de los hombres estriba en la imitación de Jesús, en quien esta conciencia surgió como la ley absoluta de su naturaleza y de su vida; y aunque es verdad que anuncia, más vagamente que Krause, yo no sé qué religión del porvenir, en la cual se complete el ideal humano, lo hace, no por *supresión*, sino por *adición* al Cristianismo, que, como tipo de perfección moral es, á sus ojos, progresivo. ¡Cuánta distancia no hay de esto á las diatribas de Tiberghien contra la santa religión del Crucificado!

Hasta Renán, lanzado de la cátedra por su enseñanza anticristiana, es menos hostil que los krausistas al Cristianismo, porque al fin, aunque despojándole de su carácter augusto y sacrosanto, ha realzado cuanto en lo humano cabe la alta personalidad y el alma superior y verdaderamente sublime de Cristo; como que por esto ha sido acusado por Vacherot y otros críticos de no haber retratado un Jesús más sencillo, más judío, menos ideal, menos trascendental, y, por decirlo así, divino, aunque más fiel á las tradiciones hebraicas. De manera que no hay ninguno que, como Tiberghien, desdeñe los altos destinos del

Cristianismo y critique acerbamente su moral individual, familiar y social, ni en el círculo de los grandes teólogos, críticos ó racionalistas, educados en las Universidades de Jena, Tubinga y Strasburgo, ni tampoco en la numerosa pléyade de filósofos que han seguido el movimiento iniciado por Leibnitz, Descartes y Kant; y para encontrar con quién compararle, hay que refugiarse en el darwinismo y las escuelas materialistas, ó recordar el espíritu ligero, mordaz y sarcástico de Voltaire y los enciclopedistas de su siglo.

Pero continuemos la exposición del sistema krausista, levantando antes acta de dos preciosas confesiones, como resultado de mi anterior análisis: 1.º, que el krausismo admite el paraíso, la caída y la redención del hombre, sólo que sustituye con hipótesis arbitrarias la explicación bíblica; y 2.º, que reconoce la distinción entre la religión y la ciencia, proclamando que aquélla y ésta son dos elementos esenciales de la humana naturaleza. Sobre este punto, que es el que más interesa á mi propósito, no hay equívocos ni ambigüedades: el mismo Tiberghien resume así el capítulo que acabo de analizar: «Según este cuadro rápido del desenvolvimiento de la idea religiosa, es constante que la religión existe en algún grado entre todos los pueblos, en todas las épocas, en todas las razas humanas. Este es un hecho universal y permanente; por tanto, una ley de la historia, que prueba que la religión es *natural* al hombre ó un elemento de su naturaleza, como la ciencia, el arte, el derecho y la industria».

Pero ¿qué es la religión para los krausistas? Menester es que aclaremos este punto, no sea que, creyendo hallarnos de acuerdo, estemos separados por un abismo.

Tiberghien, en efecto, dice que la religión no es, como pretenden muchos, un conjunto de dogmas ni de misterios revelados, sino una relación íntima entre el hombre y Dios, y que esta relación es tanto más íntima, cuanto es más inteligible ó menos misteriosa. Como consecuencia de esta tesis, proscribe las religiones positivas y declara que no hay más religión verdadera que la reüigion natural, la religión de la razón "sin mezcla

alguna de sobrenatural. Y más tarde, en la necesidad de explicar de algún modo hechos que nadie puede borrar de la historia, añade: «El *derecho natural ó filosófico* designa el derecho basado sobre la naturaleza del hombre ó conforme á la razón pura, abstracción hecha de todas las circunstancias de tiempo y lugar. El derecho positivo ó histórico, al contrario, expresa el conjunto de la legislación de un pueblo, es decir, el derecho tal como es comprendido en tal ó cual época, bajo tal ó cual clima, por esta ó aquella nación.» Y descubierta esta analogía y sentada tal premisa, deduce la siguiente conclusión: «Como el derecho natural es al derecho positivo, la religión natural es á las religiones positivas ó reveladas.»

El razonamiento es notoriamente falso, porque descansa en una mera *analogía*; porque *no hay identidad* entre *los dos términos* de la comparación.

Admitiéndole, no obstante, por un momento, yo pregunto: ¿dónde ha encontrado Tiberghien una nación, de cualquier modo constituida, que se rija por sólo el derecho natural? El hombre es un ser sociable, y de esta cualidad de su naturaleza nacen fatal ó ineludiblemente, no sólo el *Estado*, sino también la *ley positiva*, que regida las relaciones de los ciudadanos entre sí y con el poder social. Luego por de pronto, así como no se concibe un pueblo *sin* derecho positivo, ó con sólo el derecho filosófico, tampoco es dable que exista ninguno *sin* religión revelada, ó con sólo la religión natural.'

Tiberghien podría contestarme diciendo: admito la *necesidad* de las religiones positivas; pero no más que como evoluciones del pensamiento religioso en la historia, ó para usar sus propias palabras, como manifestaciones móviles y sucesivas de la *religión ideal*, tal como ha sido entrevista y sentida por los *institutores de los pueblos* en las diversas épocas de la civilización.

La verdad es que Tiberghien no afirma tal *necesidad*; pero yo quiero prevenir el argumento y combatirle.

Desde luego es evidente que, según este criterio, los institutores de los pueblos son unos *impostores*, porque nunca el fundador de una religión positiva habla á las gentes en su propio

nombre, ni en nombre de la razón, sino invocando otra autoridad más alta que la suya y la de la razón humana; más claro: trasmite ó finge transmitir á los fieles la revelación que individual, directa é inmediatamente ha recibido de Dios. Por consiguiente, cnanto para excusar y encubrir esta impostura dico Tiberghien sobre la inspiración divina de los genios superiores y el santo entusiasmo del profeta ó del apóstol, es una pura mistificación. Comprendo el éxtasis y la locura; admito que un hombre, engolfado en la contemplación de lo infinito, llegue á creer en una comunicación con Dios, sin que ésta exista más que en su imaginación sobreexcitada y calenturienta; pero no que los *institutores de los pueblos* funden religiones reveladas., lo mismo que promulgan leyes positivas, interpretando en uno y otro caso, según los tiempos y las necesidades sociales, el ideal de la religión y del derecho, y que, sin embargo, no sean *impostores*.

Pero ¿hay *paridad* entre el derecho y la religión? En manera alguna. El derecho, aunque fundado en la ley moral, que es inmutable y eterna, rigolas relaciones de los hombres entre sí y con los poderes públicos, y por consiguiente, no puede menos de ser variable como la sociedad, y seguir las diversas etapas del progreso humano. La religión, al contrario, rige las relaciones del hombre con Dios, y es, en su esencia, tan invariable como Dios mismo, ó no es la religión sino el error, la adoración de dioses que no son Dios. Sin salir del derecho, se puede demostrar la verdad de esta tesis *por manera de aproximación*. Hay en él instituciones, y aun ramas enteras, que se mantienen inmóviles y desafían el poder de los siglos: el derecho marítimo, por ejemplo, puede decirse que no ha cambiado, no ya en el fondo, pero ni aun en los accidentes, desde la antiquísima legislación de Rodas: ¿por qué? Porque son invariables las necesidades del mar, en que se funda. ¿Con cuánta más razón no ha de repugnar tales cambios y mudanzas la *religión* que está basada en las relaciones *inmutables* de la criatura con el Criador?

No: la religión no es *progresiva*, como no lo es la *verdad*. La *ciencia* es progresiva; la verdad no; y por lo tanto, para que la

religión se desarrollara *gradualmente*, sería preciso que dejara de ser la verdad y se transformara en ciencia. Entonces sí, confundiendo la como la confunde Krause con la filosofía, iría ascendiendo lenta y penosamente por el camino de la *investigación* de la verdad, y tendríamos tantas religiones como son los sistemas filosóficos que explican de manera diferente el acto maravilloso de la creación, el hombre, el mundo y Dios. Pero cuenta que entonces no llegaríamos nunca á poseer la religión verdadera, porque el conocimiento *racional* de la verdad absoluta le está vedado á la humanidad perfectible, mas no perfecta.

Lo peor de todo en la ciencia es hacerse ilusiones y hurtar el cuerpo á las dificultades. Digámoslo muy alto: la religión, *como verdad*, presupone necesariamente la *revelación*; y claro es que al usar de esta palabra, no me refiero á la revelación filosófica, sino á la histórica ó individual. Además, si no hubiese más revelación que la primera, ó sea, la manifestación perenne de Dios á la razón humana en general, y por consiguiente, si no hubiese más religión que la fundada en la razón sin ninguna mezcla de sobrenatural, la religión sobraría, sería un miembro inútil, una verdadera superfetación en la clasificación krausista de los elementos constitutivos de la naturaleza humana, porque evidentemente la religión, así considerada, es *conocimiento racional, es ciencia*.

Y aquí está la clave del error de casi todas las escuelas filosóficas, que en su aspiración á explicarlo todo racionalmente, repugnan la comunicación directa de Dios con un hombre determinado, prefiriendo creer que el mundo se rige por sus leyes naturales. En general yo también profeso esta tesis; pero hay en las cosas humanas un límite donde comienza el misterio. Comprendo, hasta cierto punto, la repugnancia á admitir la revelación y lo sobrenatural en Darwin, que cree en la transformación gradual de las especies, doctrina según la cual es llano que el hombre empezó por la *degradación*, ó sea, por la semejanza con su ascendiente el mono, y fué elevándose sucesivamente hasta llegar al civilizado europeo del siglo actual. En esta absurda hipótesis, tenemos, pues, que invertir el orden de las edades, y suponer

que la humanidad empezó por el *fetichismo*, para llegar por último al *monoteísmo*. Pero la escuela krausista profesa la doctrina de que el hombre tiene una *esencia propia, distinta y superior á la del animal*; y cree en la *unidad de la rasa humana*, así como en que el *monoteísmo* fué la religión de la humanidad *en su cuna*; asiente, en suma, á la idea de un *Edén primitivo*, de una edad de oro, de un período inicial de civilización, anterior a la caída ó la degradación del hombre.

Ahora bien; á partir de este criterio, digo yo: ¿ cómo han nacido y se han educado nuestros primeros padres? Desafío á Krause y á todos los idealistas á que expliquen el *origen de la humanidad por la acción de las leyes naturales*. Si el primer hombre y la primera mujer no deben evidentemente su vida á la *selección natural* y á la *lucha, por la existencia*; si no han surgido de ninguna de las razas de animales que poblaban el globo, y menos aún de las varias evoluciones de la tierra, tampoco han sido engendrados, como nosotros, en el seno materno, y por consiguiente, hay que admitir que *«é Dios mismo quien los formó á su imagen y semejanza*. El hombre hace, pues, su entrada en el mundo *bajo la ley de lo sobrenatural y por la virtud del milagro*.

Adán y Eva, ya formados, no desarrollan su organismo é inteligencia en el regazo de una madre amorosa, y bajo la dirección de un padre experto que les prodigue todo género de cuidados, ni tienen maestro que los guíe, ni encuentran, al nacer, una lengua ya formada y un caudal de tradiciones que, por la trasmisión oral, pueda nutrir y desarrollar su espíritu y su corazón; por consiguiente, si la humanidad, lejos de empezar por *él fetichismo* y la degradación, ha comenzado por el *monoteísmo*, la *civilización* y el *Edén*, es claro que la cultura de nuestros primeros padres, y singularmente el lenguaje, no han sido lenta y penosamente elaborados por los esfuerzos acumulados de muchas generaciones, sino que fueron un don gratuito del mismo Dios, que los formó fuera de las leyes naturales. Estamos, pues, de nuevo en lo *sobrenatural* y *milagroso*. Y si, para explicar el origen de la humanidad y sus primeros pasos

en la tierra, hay que apelar al *Deus ex machina* desde el primer acto del drama; si no hay más remedio que admitir la formación *extranatural* de la primera pareja, y la inspiración no menos *extranatural* y divina del lenguaje, ¿qué contradicción lógica hay en admitir la revelación, la revelación á Adán, la revelación á Moisés y la Encarnación del Hijo de Dios para la salvación del hombre?

De todos modos, yo sostengo que la religión es principalmente lo *sobrenatural* y el *misterio*, y que en las fronteras de la ciencia es donde realmente comienzan los *dominios de la fe*. Misterio hay en el nacimiento, desarrollo y educación de la primera pareja humana; misterio hay en la formación del lenguaje; misterio, y misterio inescrutable, en el acto de la creación, en la relación de lo infinito con lo finito, de lo uno con lo vario, de lo idéntico con lo diferente. Krause sostiene lo contrario y aspira á explicar *racionalmente* la religión, sin confundirla por eso con la ciencia. Oigámosle antes de dictar el fallo.

Krause entiende por *religión* «la unión armónica del ser, la intimidad de esta unión armónica,» de donde deduce «que la *religión* es una *propiedad de Dios mismo* y también de todo ser finito racional.» «Dios, dice en otra parte, es íntimo de su vida en infinito conocimiento y en infinito variado sentimiento, y de aquí se sigue que también Dios es íntimo para sí de la vida armónica de todos los seres entre sí y con él en infinita contemplación y en bienaventurado sentimiento. Y por virtud de su analogía con Dios, sigúese que todos los seres finitos, que son íntimos de si mismos y se dirigen al bien con libertad, ó que son racionales, son íntimos de su finita vida armónica con otros seres finitos y con Dios, como Ser Supremo, en conocimiento y sentimiento.» Por último, para Krause «la religión es en su pleno sentido, como *sentimiento de Dios*, una inspiración del espíritu.»

Así habla la Sibila: pidamos á Tiberghien que nos descifre lo que hay de misterioso en el oráculo.

La *religión*, dice este elocuente escritor, refiere el mundo á su principio y manifiesta que los seres racionales gravitan hacia

Dios, como los cuerpos hacia el centro del sistema á que pertenecen. Todo está ligado en el cielo de la creación, la Causa con el efecto, el efecto con la causa, los cuerpos de una manera fatal y continua, los espíritus de una manera libre y espontánea.

La idea de la religión contiene, pues, tres cosas: el hombre, Dios y sus relaciones; las relaciones del hombre con Dios y las relaciones de Dios con el hombre constituyen la faz humana y la faz divina de la religión. Ambas son *íntimas* y *personales*, y suponen, en consecuencia, que el hombre y Dios poseen la *personalidad*. Además, ambas se realizan en la vida por una serie de actos personales, y exigen de nuevo que los términos que unen sean *seres vivientes*. Tales son los elementos esenciales contenidos en la noción de la religión, y resumidos en la proposición siguiente: «La religión es la uion personal del hombre con Dios en la vida.»

Para comprender bien la teoría krausista es preciso no confundir *la personalidad* con la *individualidad*, y sobre todo, saber lo que el krausismo entiende por *intimidad*.

«Es *persona* todo ser que está en relación íntima consigo mismo; que posee la conciencia y el sentimiento de sí; que sabe lo que es y lo que hace; que obra, no solamente por sí, con espontaneidad, sino también con discernimiento y dignidad. La razón y el sentido íntimo son los atributos inseparables de la personalidad, y el hombre es un ser de este género, mientras que no poseen tales atributos la planta ni el animal.»

»La *individualidad* es otra cosa. No todo individuo es una persona, ni toda persona un individuo. Un individuo es un ser completamente limitado ó determinado bajo todas las relaciones en el tiempo: un individuo supone otros que viven con él en un mismo todo, de tal suerte que cada uno se halla constantemente limitado en sus relaciones con el exterior, al mismo tiempo que lo está en todo instante por las diversas manifestaciones de su actividad interna.»

No sé si os parecerá satisfactoria la explicación; pero los krausistas no dan otra, y eso que este punto es fundamental en su doctrina, para cuya construcción necesitan aplicar al

Ser Supremo los caracteres de la personalidad, negándole los de la individualidad. Sin un Dios personal, todo amor, caridad y providencia, se borra en el espíritu la idea de la religión; y los krausistas apelan á aquella distinción para sacar á salvo el *Dios personal* de los cristianos, sin que por eso desaparezca el *Dios uno y total* del *panenteísmo*, vanagloriándose de que por tal manera Dios no es ya, como la teología le pinta, el Rey solitario que, sentado más allá de los astros, contempla desde el cielo las agitaciones de la tierra.

Entre el hombre y Dios hay en verdad la distancia de lo finito á lo infinito; pero si Dios no puede ser *individuo*, porque no es un ser que, como el hombre, viva al lado de otros seres, sino que es el Ser total, solo, único y absolutamente infinito, y como tal está por encima de toda determinación y de todo límite, en cambio puede ser y es una *persona*, porque posee la conciencia y el sentimiento de sí, y porque además de sus atributos *oncológicos*, la esencia y la existencia, la unidad y la simplicidad, lo infinito y lo absoluto, goza también, como nosotros, de atributos *morales*: el pensamiento y el sentimiento, la ciencia y la felicidad, el amor y la providencia.

Dios, dice Tiberghien, es el ser, y el ser es *esencia*. La esencia expresa lo que el ser es, y el conjunto de las propiedades de un ser constituye su esencia. Conocer las propiedades de los cuerpos ó de los espíritus, es conocer su esencia; comprender las propiedades ó los atributos de Dios, es comprender la esencia divina. ¿Cuáles son las propiedades del sér? El ser es *uno y una* su esencia, porque es divina, sin división y sin mezcla. La unidad de la esencia se expresa por dos cualidades paralelas; como esencia *propia* y como esencia *entera*.

El ser es él mismo, su esencia; la esencia no es de otro, sino de él, pues que él es solo y único; la esencia es, pues, la esencia *propia*, ó la esencia *misma* de Dios; en otros términos: todo lo que Dios es ó puede ser, es propio de Dios. Esta cualidad de la esencia propia es lo que se llama ordinariamente lo *absoluto* ó *incondicional*, porque lo absoluto expresa lo que es pura y simplemente sin relación con otra cosa, lo que no

depende de nada; mientras que lo *relativo* ó lo *condicional* es, por el contrario, la propiedad de lo que es *con* otro, de lo que no puede ser *sin* otra cosa, de lo que está ligado en una relación tal, que si uno de los términos existe, el otro existe también. Dios es, pues, *absoluto*, porque es El mismo, y de sí mismo todo lo que es, porque es solo, sin relación con otra cosa, libre de toda dependencia. Los seres finitos, al revés, son relativos, porque son los unos *con* los otros, y no tienen ellos mismos todas las condiciones de su existencia; poseen una esencia propia, pero su esencia no es toda la esencia; existen y obran por sí mismos, pero no están sin dependencia y sin causa fuera y por cima de ellos.

El ser no es sólo la esencia *propia*, sino que es también la esencia *entera*, es decir, *toda* la esencia, *todo* lo que es. Dios no es, como el hombre ó la especie humana, una parte de la realidad, sino que es toda la realidad, puesto que es solo y único: no es un género opuesto á otro ó superior á otro, por ejemplo, un puro espíritu ó la materia pura, sino que es el *todo* de una manera simple é indivisible. Esta cualidad se designa con el nombre de lo *infinito*, porque abraza la totalidad de la esencia, la esencia entera. El espacio y el tiempo no son sino géneros y no pueden ser infinitos más que de una manera relativa, cada uno en su esfera. Dios está por encima de todo género, es absolutamente todo, es infinito bajo todos aspectos. Dios es, por consiguiente, el Ser *uno, infinito, absoluto*. Tales son sus principales atributos ontológicos. Subsiste sin relación con otra cosa: *no liay exterior para Él*.

Pero no existe sin relación *consigo mismo*. También el hombre es un ser, cuya esencia es una, propia y entera, un ser semejante á Dios, aunque limitado y encerrado en su género; y sin embargo, el hombre está en relación con su esencia, se dirige interiormente sobre sí mismo, se repliega, en la conciencia y el sentimiento, sobre sus propias cualidades y sus propios actos. Esta propiedad se llama *intimidad* ó sentido íntimo. Conserve el mismo nombre para expresar la misma cosa en Dios; y entonces, en lugar de decir que el *ser se refiere* á la *esencia*,

digamos más sencillamente que Dios posee la *intimidad*, ó se encuentra en unión íntima consigo mismo. Tal es la base de los atributos *morales* de Dios.»

Condensó y resumo cuanto puedo el razonamiento de Tíberghien, y sin embargo, ya veis cuánto camino hemos tenido que andar para comprender un concepto que está clarísimo en esta concisa frase latina copiada por el distinguido profesor belga: *Beus sibi J)eus*.

Y ahora que ya sabemos lo que son *la personalidad*, *la individualidad* y *la intimidad*, nos será más fácil entender cómo la religión es una propiedad de Dios y del hombre; cómo Dios es íntimo para sí de la vida armónica de todos los seres entre sí y con Él; cómo los seres racionales son íntimos de su finita vida armónica con otros seres finitos y con Dios, y cómo y por qué, en fin, la religión es, en su pleno sentido, como *sentimiento de Dios*, una inspiración del espíritu.

Dejemos hablar á Tíberghien, aunque condensando siempre sus razonamientos.

«Dios se refiere á sí mismo bajo el doble carácter de la esencia *propia* ó absoluta y de la esencia *entera* ó infinita. En otros términos: Dios es para sí mismo *tal* como es y *todo* lo que es. Estas son necesariamente, en virtud de la deducción, las dos manifestaciones de la intimidad divina, las cuales corresponden precisamente á la *conciencia de sí* y al *sentimiento de sí*.

Tener *conciencia de sí* es dirigir el pensamiento sobre sí mismo, es conocerse, vernos como somos. La relación entre el pensamiento y su objeto puede ser positiva ó negativa para los seres finitos afectados de negación, por lo cual se determina el conocimiento como verdad y como error. Cuando comprendemos las cosas tales como son en sí, en su esencia propia, poseemos la *verdad*, y cuando, después de examen, reconocemos la verdad como tal, poseemos la *certidumbre*; en el caso contrario estamos en el *error* y la *duda*. Sólo la verdad y la certidumbre pertenecen á la ciencia. Ahora bien; el conocimiento que Dios tiene de sí mismo no puede ser negativo, como el nuestro, sino únicamente positivo: el conocimiento y la verdad son idénticos en

Dios. El error es absolutamente imposible para Él: Dios es infalible. Y como el ser *es* cada una de sus propiedades, se puede decir también que Dios es la verdad, toda la verdad, nada sin la verdad, con exclusión de su contrario. Dios sabe que Él es la verdad, puesto que tiene conciencia de sus propiedades, y como tal es la certidumbre: la duda no alcanza al pensamiento divino. Dios es, pues, la verdad infinita y absoluta, la certidumbre una y total; y es la ciencia, toda la ciencia ó la omnisciencia, puesto que es la *verdad* y la *conciencia* de la *verdad*. La ciencia divina es el fundamento y la garantía de la ciencia humana.

Pero si Dios se conoce á sí mismo tal como es, Él sabe y ve todo, porque es el Ser *uno* y *total*, *en* el qué, *bajo* el qué y *por* el qué *son* todas las cosas. Conoce, pues, la tierra y los seres que la habitan, la humanidad y sus destinos en todos los tiempos; nos conoce mejor que nosotros en toda nuestra esencia y en nuestros pensamientos más secretos.

Si Dios tiene plena conciencia de nosotros mismos, nosotros tenemos á nuestra vez conciencia de Dios en los límites de nuestro saber. De aquí una relación íntima é intelectual entre el hombre y Dios. Los seres racionales pueden vivir, ya en comunión, ya en disidencia de pensamiento con el Ser infinito. Cuando perciben las cosas tales como son, las conocen como Dios y se conforman con Él, porque la verdad es una, idéntica para todos, la misma para el hombre y Dios. Nuestra inteligencia se une, pues, á la inteligencia divina en la verdad; venimos á ser los cooperadores de Dios, sin cesar de ser causa de nuestros actos.

El *sentimiento de sí* designa la relación íntima de un ser consigo mismo, bajo el *carácter de la esencia entera*. En cada sentimiento determinado es á nosotros á quien sentimos: pero sintiéndonos, no nos analizamos de una manera abstracta para saber lo que somos, como lo hace el pensamiento, sino que nos referimos á nosotros mismos de una manera indivisa y concreta bajo la ley de la totalidad. Un objeto nos afecta, nos conmueve según todo lo que es, en su conjunto, sin distinción de partes

ó propiedades. La emoción, sin embargo, depende del sujeto tanto como del objeto. Cuando el objeto en el conjunto de sus propiedades se conforma con el sujeto en el conjunto de sus energías, el sentimiento se manifiesta en diversos grados como placer, y en su plenitud como felicidad: en el caso contrario, como pena ó dolor.

El placer y el dolor son al corazón lo que la verdad y el error á la inteligencia; estos cuatro estados del espíritu son las modificaciones positivas y negativas de dos relaciones diferentes, cuya diferencia esüi caracterizada por las categorías de la *esencia propia* y de la *esencia total* que, aplicadas á Dios, constituyen lo absoluto y lo infinito.

En tanto que Dios es todo para sí mismo, ó se refiere íntimamente á sí, según la *esencia entera*, bajo el atributo de lo infinito podemos decir que tiene el *sentimiento (le sí*. Pero el ser infinito no está afectado de ninguna negación, y por tanto el dolor es imposible para Dios. Dios posee la felicidad, ó más bien, es Él la felicidad infinita y absoluta. Sintiéndose á Sí mismo en su infinitud, tiene también el sentimiento del mundo y de los seres finitos. Sí, *Dios nos siente* hasta en el fondo del corazón tales como somos, y *nosotros sentimos á Dios* en los límites de nuestra naturaleza. De aquí una *nueva relación afectiva entre el hombre y Dios*. La felicidad es una, como la verdad; por consiguiente, cuando sentimos el bien, que realizamos con una conciencia pura y serena, experimentamos lo que Dios experimenta, y como Él lo experimenta, simpatizamos con Él, participamos de su felicidad.

Reunamos las proposiciones precedentes. Si la conciencia y el sentimiento de sí constituyen la *personalidad*, debemos lógicamente reconocer este atributo en Dios, cualquiera que sea la consecuencia que se pudiera deducir. Pero nosotros sabemos en qué sentido Dios es *personal*.

Dios no es una persona opuesta á otra: es la personalidad una y total, infinita y absoluta, sin mezcla de limitación ó determinación individual, en tanto que el hombre es una personalidad limitada, encerrada en los límites del mundo. Hay entre

la personalidad divina y la humana la misma diferencia que se encuentra entre lo infinito y lo finito, entre lo absoluto y lo relativo; sin embargo, la semejanza existe. Hay entre el hombre y Dios una relación personal y recíproca, que se manifiesta como conocimiento y como sentimiento en la verdad y en la felicidad. Esta relación se extiende á la vida entera: no es solamente en en el cielo, en la vida futura, sino sobre la tierra en la vida presente, como nosotros podemos vivir en unión íntima con Dios; porque Dios *no es un individuo* sentado en determinado lugar, sino el Ser infinito y absoluto, que es *todo por todas partes, y siempre y como tal, está en relación íntima consigo mismo.*»

Tal es, señores, la religión de Krause, adornada consus mejores y más vistosas galas por el más elocuente de sus apóstoles y propagandistas; religión sin culto y en la que la oración se reduce «á desear á Dios y aspirar á la soberana perfección;» religión cuyo mandamiento capital es: «Ama y santifica la naturaleza, el espíritu y la humanidad sobre todo individuo natural espiritual y humano;» religión que repudia en rigor toda revelación histórica y positiva, si bien reconoce como un efecto de la inspiración divina la ciencia profunda del filósofo, la prodigiosa sagacidad del hombre de Estado, el santo entusiasmo del misionero y el delirio sagrado del poeta ó del artista.

Lamento en el alma que me falte espacio para analizar el sistema krausista con el detenimiento que merece su importancia. Indicaré, no obstante, los puntos más interesantes de mi crítica: ya que no pueda dar remate al viaducto, permitidme al menos que coloque los pilares.

1.º La tradición científica y, lo que para mí vale más, el buen sentido y la tradición popular universal contradicen la noción krausista de la religión. Según el común sentir de los hombres y el testimonio de todas las iglesias y confesiones, así en Oriente como en Occidente, y en la antigüedad como en los tiempos modernos, la religión significa y representa, más que la unión entre Dios y el hombre, la sumisión del hombre á Dios. Quien dice *religión*, dice *amor y temor de Dios*, reconocimiento y gratitud, respeto y *veneración filial* de la criatura al Criador: por

esto la idea de la religión es inseparable de la de la *oración* y el *culto*. Los fieles individual y colectivamente dirigen sus preces al Señor, Ordenador del universo, Criador del cielo y de la tierra, y, prosternándose ante su omnipotencia, temen su justicia é imploran su misericordia. Jamás se ha creído que la religión sea *una propiedad de Dios* tanto como del hombre. Hay que disgregar entonces la oración y el culto de la idea religiosa, sopeña de caer en el absurdo de que Dios también se inclina ante la criatura y la reverencia. Esta especie de *comunismo religioso*, en el que se mezclan y confunden con participación igual lo humano y lo divino, lo finito y lo infinito, el hombre y su Supremo Hacedor, es una *ideapanteísta* que, colocando en un mismo plano al Criador y su hechura, conturba la disciplina, borra la jerarquía, rompe la cadena que tiene á la tierra pendiente del cielo, deifica al hombre y humaniza á Dios. No es así como miran la religión los filósofos y escritores que iniciaron y continuaron la renovación de los estudios teológicos. Precisamente, Schleiermacher la funda en el *sentimiento de nuestra dependencia*.

2.º El sentido íntimo desmiente la tesis de que el hombre *sienta á Dios*, ni tenga conciencia inmediata de él. Es esta, como la anterior, una afirmación *panteísta*, sin otro fundamento que el sistema artificial, imaginado por Krause para explicar el acto misterioso de la creación. Ciertamente, si el hombre fuera una *fracción de la esencia divina*, Dios formaría parte de nuestro ser, y por lo tanto, no podríamos menos de sentirle y encontrarle dentro de nosotros mismos, debiendo dar testimonio la conciencia de tan precioso hallazgo. Pero yo sostengo contra Krause que el hombre no siente á Dios al sentirse á sí mismo; que Dios, prescindiendo ahora de la revelación histórica, es una *revelación de la razón*, de tal modo que sólo por esta facultad es como nos elevamos hasta Él. Hé aquí, pues, dos afirmaciones contrarias. ¿Cuál de ellas es la verdadera? Por fortuna se trata de un hecho *psicológico*, y en contiendas de esta índole, todos sois jueces irrecusables. ¿Tenéis conciencia directa de Dios como esencia propia, le sentís como esencia total? *Conciencia* es la facultad que el alma tiene de volver sobre sí misma, mirarse y ver

su estado, sus propios atributos y los actos de su vida interior. El *sentimiento* le produce algo que de cualquier modo nos afecta y conmueve, haciéndonos experimentar placer ó dolor: el sentimiento, dice el propio Krause, es «la unión de un ser consigo mismo, según la totalidad. » Ahora bien; yo declaro sinceramente que no siento á Dios como una parte de mi ser, ni á mi ser como una parte de Dios, ni á Dios y mi ser como una cosa misma. Me siento á mí propio y nada más. El mundo de los espíritus, sobre todo, se escapa á mi sentimiento. Ciertamente, luego que entra en juego la razón y me descubre la idea de Dios, esta idea me produce una emoción profunda, un placer inefable, un santo temor; á veces aquel amor entrañable y puro que describió Santa Teresa en versos inmortales; en ocasiones yo no sé qué sombrío recelo que me hace recordar con espanto el poema del Dante: pero directa é inmediatamente, sin que la idea, revelada por la razón, me sirva de intermediario, yo no siento á Dios. Ni tampoco le veo, por más que el alma se repliega sobre sí misma y mira lo que en ella hay. Tengo sí conciencia de que mi razón se eleva á Dios y afirma su existencia y sus divinos atributos; de modo que, al hacer la estadística de las ideas que encuentro en mi- alma, la de Dios figura sin duda á la cabeza. Pero mi conciencia no me da testimonio de que el ser de Dios sea mi ser, de que Dios sea un atributo mío, un estado de mi espíritu ó un acto de mi vida interior.

En resumen, señores, y puesto que tratándose de un fenómeno psicológico es inútil razonar, bastando que cada cual se estudie á sí propio, yo invoco contra Tiberghien á Tiberghien mismo. Explicando este eminente filósofo cómo nacen la industria, el arte, la ciencia y la religión dice:« El hombre ve, en fin, presente y reconoce, con una previsión instintiva, el conjunto délas cosas y las relaciones que las unen. La *noción de taparte*, la intuición de algunos seres determinados, limitados entre sí, *no satisfacen su razón. De la parte se eleva al todo, del efecto á la causa*, de lo finito á lo infinito, de la mutiplicidad á la unidad, y este todo, que es uno, que es infinito, que es causa de todos los seres del mundo, lo llama *Dios. Desde este momento nace la*

religión.» Luego no es la conciencia ni el sentimiento, sino la razón quien descubre aquel preciado tesoro, ó sea la *idea*, y yo diría mejor la existencia de Dios, empleando al efecto el *wocedimiento esencialmente racional* de la *inducción*.

3.º Krause y sus discípulos no salen más airosos en su empeño de enseñar una religión fundada en la razón, que cualquier otro de los filósofos idealistas, á quienes censuran tan acerbamente. Su doctrina, lejos de hacer inteligible el arcano de la creación, deja en pié todos los pavorosos problemas que desde el principio del mundo vienen agitando el espíritu de la humanidad, y que seguirán siendo, alternativamente por los siglos de los siglos, la delicia y el tormento de nuestra limitada inteligencia.

Para esta escuela, en efecto, son igualmente falsos el *deísmo*, que afirma exclusivamente la trascendencia de Dios como Ser Supremo por cima del mundo y sin nada de común con el hombre, y el *panteísmo*, que afirma exclusivamente la inmanencia de Dios en la creación como sustancia universal. Aspira, pues, á fundir estos dos sistemas en otro más amplio y elevado, en una especie de sincretismo que armonice la unidad con la variedad. Los krausistas reconocen á Dios como ser infinito y absoluto, como la sustancia una y total, como el todo uno, y hasta aquí están de acuerdo con el panteísmo; pero rechazan la hipótesis de que las transformaciones del mundo sean una simple emanación ó derivación necesaria de la sustancia divina, y los seres finitos modos ó manifestaciones pasajeras de la divinidad, alegando que, si Dios no fuera sino el mundo, y sólo en el espíritu humano llegara á la conciencia y al sentimiento de sí, Dios sabría no más que lo que sabe el hombre, y éste podría adorarse á sí propio, en vez de adorar á Dios. Por esto, á la afirmación panteísta *todo es Dios*, sustituyen esta otra: *todo es EN Dios*.

Sea en buen hora; pero la ciencia, y sobre todo la religión, no pueden reducirse á un equívoco, ni es de suponer que el sistema krausista consista sólo en una preposición. ¿Cómo ha surgido el mundo del seno de lo infinito y lo absoluto? Esto es lo que hay que explicar claramente, antes de invocar la autoridad

de San Anselmo y del Fundador del Cristianismo, á quienes nadie lia acusado, como á Krause, de panteistas.

Según los krausistas, «el mundo es determinado en todas sus partes, y no puede ser determinado sino según la esencia divina, que es toda la esencia. Pero Dios, que es uno ó una sola esencia, es esencia propia (lo absoluto) y esencia entera (lo infinito), y lo infinito y lo absoluto son propiedades opuestas ó paralelas, derivadas de la unidad de esencia, sin derivarse la una de la otra; y de aquí el germen de una oposición en Dios. Esta oposición, manifestándose en el mundo según la esencia divina, exige que el mundo se componga de dos géneros opuestos, de los cuales el uno expone la esencia divina como esencia *propia*, y el otro como esencia *entera*.» Ya veis, señores, por qué manera tan sencilla é inteligible habéis hecho el hallazgo del *espíritu* y de la *naturaleza*.

No vayáis á pensar que en materia tan ardua los krausistas se contentan con sentar dogmáticamente un principio y emplear luego el procedimiento de la deducción, no; apelan también á la observación y al análisis, los cuales les dan por resultado que el mundo es *único*, y que bajo esta unidad existe una dualidad fundamental: la del mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos. No tardan, sin embargo, en olvidar el método cartesiano y en afirmar dogmáticamente «que la doctrina de Dios descarta la idea optimista de la pluralidad de mundos, como una hipótesis contraria á la infinitud del ser. »

Yo, por mi parte, no encuentro imposibilidad metafísica ni contradicción alguna entre la unidad de Dios y la pluralidad de mundos, y entiendo que la observación y el análisis no alcanzan á resolver este problema, que está en una esfera inaccesible á la experiencia.

Pero demos un paso más: « El espíritu y la naturaleza, dice Tiberghien, estas dos mitades del mundo, son , pues, dos géneros diferentes, dos *sustancias distintas*, constituidas por el predominio recíproco de las categorías de *esencia propia* y *esencia entera*. La una y la otra son determinadas conforme á la esencia divina; pero ninguna representa sino un punto de vista partí-

cular. Miradas aparte, son incompletas ambas. Mas como los dos atributos de lo absoluto y lo infinito, dominados por la unidad de la esencia, se armonizan en Dios, el *espíritu* y la *naturaleza* deben también armonizarse en el mundo.»

« La humanidad, en efecto, exprésala unión íntima y completa entre las dos fases del mundo. En la humanidad no hay predominio de un elemento sobre otro: el espíritu y la materia se penetran y se equilibran. El hombre es, pues, el ser de armonía del mundo entero, y como tal, perfectamente semejante á Dios. Pero los dos polos del mundo se desdoblan, por decirlo así, de nuevo en la humanidad, sin borrar la unidad superior de la naturaleza humana. Este desdoblamiento constituye la *sexualidad*.

»El hombre y la mujer son en la humanidad lo que el espíritu y la naturaleza en el universo: difieren en cualidad, no en grado; pero las propiedades que los distinguen son paralelas ó del mismo orden; son las dos mitades complementarias, las dos fases de la humanidad. »

Ya lo veis: la construcción krausista se distingue, tanto como por lo atrevida y gigante, por lo caprichosa y excesivamente simétrica. Así como, pronosticando la organización social del porvenir, han imaginado la sociedad-ciencia, la sociedad-arte, la sociedad-industria, la sociedad-Estado, la sociedad-religión, y un principio superior que sirva como de lazo federal a esta quimérica confederación de asociaciones, cada una de las cuales debe desenvolver y realizar uno de los elementos constitutivos de la naturaleza humana, así ahora, cogiendo también la medida y el compás y trazando líneas que pierden su belleza por el abuso de la simetría, forman un plano, á cuya cabeza colocan al *Dios todo*; de esta *esencia única* derivan, yo no sé por qué regla de lógica, derogatoria del principio de contradicción, *dos esencias distintas*; y una vez dado este salto mortal, de la *esencia propia* deducen en Dios la *conciencia*, *de sí*, y en el mundo el espíritu, y de la *esencia entera*, en Dios, el *sentimiento de sí*, y en el mundo, la *Naturaleza*. Pero como el mundo y la naturaleza son á sus ojos dos sustancias distintas, *no obstante*

derivarse de una esencia única, hay que buscar *algo* en que se armonicen. ¿Por qué? Lo ignoro, toda vez que lo afirman, sin demostrarlo, ellos que tenían la pretensión de no admitir nada que no demostrara antes la razón humana. Supongo que se fundan en un argumento de *mera analogía*: en Dios lo absoluto y lo infinito se armonizan en la unidad de la esencia, y por lo tanto, en la creación deben armonizarse el espíritu y la naturaleza. Este lazo de unión entre las dos mitades del mundo es la humanidad. Mas en la humanidad hay el hombre y la mujer, y para explicar el sexo, afirman que se desdoblan en ella de nuevo los dos polos del mundo, sin borrar la unidad superior de la naturaleza humana, como si tal desdoblamiento no fuera igualmente aplicable á todas las especies animales unisexuales.

Todo esto, como veis, es quimérico, aéreo; una concepción más audaz y no menos fantástica que la de la confederación futura de las cinco asociaciones humanas ¹. No tengo tiempo para analizarla en sus detalles. Me limitaré sólo á dos observaciones.

Tiberghien ha dicho: «Dios es el Ser, y el ser es esencia. La esencia expresa lo que el ser es, y las propiedades designan lo que es la esencia. El conjunto de las propiedades de un ser constituye su esencia.» Ha dicho igualmente, al enumerar las propiedades ó atributos de Dios, «que es el Ser *uno, absoluto, infinitoéínfimo*; esto es, que son atributos inseparables de Dios *la conciencia y el sentimiento de sí mismo*: DEUS SIBI DEÛS. » Ahora bien: si las cosas creadas no son más que una fracción de la esencia divina, *la misma esencia de Dios*, salva la limitación, ¿cómo es que *sólo* el hombre tiene *la conciencia y el sentimiento de Dios y de sí, mismo*? ¿Cómo es que en el mundo hay espíritu y *naturaleza*?... Contradicción, misterio: la esencia divina, que no es más que el conjunto de las propiedades de Dios, entre las que figura la *intimidad*, deja de ser lo que es en el mineral,

¹ Véase la impugnación de esta imaginaria confederación en mi libro *Los derechos individuales y el Estado*.

en la planta, en el bruto y, en suma, en el mundo de los cuerpos, que no es *íntimo* como el mundo de los espíritus. Comprendo bien «que el siglo, que es limitado, surja del tiempo, que es infinito.» Pero el tiempo es continuo y divisible como el siglo: uno y otro tienen iguales propiedades, y por tanto, según Krause, igual esencia, salva la limitación. ¿Sucede lo mismo con la *naturaleza* bruta y el Ser *uno*, *total é íntimo*, el DEUS SIBI DEÛS?

Pues cuenta, señores, que la polémica entre el panteísmo y la teología cristiana está principalmente encerrada en este punto. El hombre ¿tiene una esencia propia, distinta, no en grado ni en límite, sino en cualidad, de la esencia divina? ¿Sí ó no? Resolviéndose Krause por la afirmativa, forcejea en vano por escapar á la acusación de panteísta.

Y la creación ¿ha sido un acto *necesario* ó un acto *voluntario*? Los krausistas dejan este punto envuelto entre celajes y como en la penumbra de la duda. Paréceme, sin embargo, que se deduce su opinión, favorable á la *necesidad* de la creación, de ciertos pasajes de sus obras, entro los cuales sólo citaré el siguiente: «Dios es solo, único, sin segundo, sin otro, y en consecuencia, el mundo no puede ser sino en Dios y bajo Dios. Como el mundo es en Dios y bajo Dios, la *esencia divina no está, vacía, sino llena*, ó lo que es igual, *Dios posee la plenitud de la esencia.*» Ahora bien: no siendo concebible que en ningún instante del tiempo la esencia divina haya sido una *esencia vacía*, ni que Dios haya dejado nunca de poseer *la plenitud de la esencia*, parece deducirse de aquí la *necesidad* y la *eternidad* de la creación. Pero, ¿cómo conciliar entonces con esta tesis la *libertad* de Dios?... Contradicción, misterio. Misterio hay para la flaca razón humana y dentro del sistema krausista en la ecuación de lo simple y lo múltiple, de lo uno y lo vario, de lo idéntico y lo diferente: misterio en la conciliación del Ser absoluto é infinito con los seres individuales, de la causa primera con las causas segundas, de la Providencia con el mal: misterio en la coexistencia de la voluntad y presciencia de Dios con la libertad del hombre.

¿Es que por esto pretendo yo resucitar la Edad Media, cortar las alas á la ciencia, sustraer á su escrutadora mirada los problemas de crítica y filosofía religiosa que tanto agitan á nuestro siglo, y hacer de nuevo á la razón esclava de la fe: *PMosophia Thpologice ancüla* ? En manera alguna: demasiado sé que los ríos no corren hacia arriba. Y por otra parte, si Dios negó al hombre, mientras permanece en la tierra, el conocimiento cabal y perfecto de las esencias y del acto maravilloso de la creación, tampoco hizo más que cubrirlos con un velo trasparente que nos permite entrever algo de lo que tras él se esconde; y natural y legítimo es que la razón pugne por descifrar el enigma y penetrar cada día más adentro en las profundidades de nuestra naturaleza y de la esencia divina. Por último, nadie puede negar á la razón el derecho de juzgar á las religiones positivas para seguir la verdadera y apartarse de las falsas; y claro es que al desempeñar misión tan delicada é importante, á más de juzgar al árbol por sus frutos, ó sea, á la religión por su moral individual y social, examina sus misterios y sus símbolos, aceptando los más conformes á las leyes del pensamiento humano.

Pero sin negar, antes bien, proclamando la necesidad del consorcio entre la razón y la fe, entiendo que una y otra son distintas, y que Krause y sus sectarios las confunden, suprimiendo la religión y no dejando en pié más que la ciencia.

4." Y ved aquí otro de los pilares en que se apoya mi crítica. Sucede en esto una cosa rara: los partidarios de Krause, Hegel y títrauss se arrojan mutuamente al rostro la acusación de que en su doctrina la ciencia absorbe y anula la religión. Todos ellos se afanan por demostrar que ésta es uno de los elementos constitutivos de la naturaleza humana, tan real como el de la ciencia ó el arte, y sin embargo, cada cual tiene razón contra su adversario ¡ es decir, que todos mutilan al hombre y so ponen en contradicción consigo mismos.

Tiberghien dice: «Hemos encontrado la religión, cuya manifestación social es la Iglesia entre los elementos de la naturaleza humana, y como esta naturaleza es permanente, la religión

»! MOVIMIENTO DE LAS IDEAS RELIGIOSAS EN EUROPA.

lo es también. La religión tiene relaciones con la ciencia, el arte, el derecho y la moral, pero se *distingue* de cada uno de estos fines. Debe armonizarse con todos sin absorberlos en sí, sin eclipsarse en ellos. » Luego añade: «La religión no debe llegar á convertirse en la ciencia como quiere Hegel. » Y por último, no se detiene hasta decir: «Para absorber la religión en la ciencia, es preciso condenar la historia y confundir á Dios con el mundo.»

A su vez el insigne hegeliano Vera estampa estas enérgicas frases; «¿ Por qué la religión cristiana no es la religión absoluta, como sostiene Hegel? Porque el Cristianismo, dice Strauss, no es más que una de tantas formas religiosas que se distingue de la *esencia universal*. Y bien, ¿qué quiere darse á entender con esto? ¿Que vendrá ó podrá venir un día, yo no sé en qué mundo ó en qué estrella, en que la religión y la filosofía sean una misma cosa? Pero esto es imposible, y si lo imposible es el absurdo, preciso es añadir que es absurdo. Hacer que la religión se convierta en filosofía ó la filosofía en religión, equivale á hacer que el círculo se torne en cuadrado. La identificación de la religión y la filosofía es la cuadratura del círculo.»

¡ Vano empeño el de los filósofos idealistas modernos! Rechazando lo *sobrenatural*, negando el *misterio*, proclamando omnisciente á la razón, se derrumba el imperio de la fe, y la religión se hunde en los abismos de la nada. Podrá en tal hipótesis quedar el culto ó sea la adoración de la Divinidad, porque la razón reconozca la inferioridad del hombre y una escala, una jerarquía, á cuya cabeza esté Dios como Ser Supremo. Pero la *oración* y el *culto* no serán más en este caso que un *deber moral*, impuesto por la razón á la voluntad humana, de igual naturaleza que el que lo manda respetar y honrar al padre y á la madre, ó el que, independientemente de toda religión positiva, le aconseja amar al prójimo y le prohíbe robar y asesinar.

Toda religión que se apoye exclusivamente en la razón, es ciencia, porque ciencia es el conocimiento de la verdad por procedimientos puramente racionales y humanos. Y si nuestra razón conoce las esencias y ve lo finito en lo infinito y lo diferente en lo idéntico; y si explica por manera natural y exenta

de todo símbolo y misterio el acto prodigioso de la creación y el lazo que une el espíritu á la naturaleza y las criaturas con el Criador, entonces sobra la religión en la clasificación de los elementos constitutivos de nuestro ser.

La religión no es, no puede ser simplemente el sentimiento de la idea de Dios, como quiere Krause; sería preciso entonces aumentar hasta el infinito su clasificación de los elementos constitutivos de la naturaleza humana, porque no hay una sola idea que, descubierta por la razón, no afecte de algún modo nuestra sensibilidad y produzca cierta emoción en el alma. La religión no es tampoco, no puede ser, un mero fenómeno psicológico, ni Dios un simple ideal de la conciencia, como quieren Feuerbach, Vacherot y cuantos exageran el carácter *subjetivo* de la filosofía *kantiana*, porque si la razón que alegan tuviera algún peso, sería preciso negar valor *objetivo* á las ideas, y por lo tanto, la realidad del espíritu y la naturaleza, cayendo en el excepticismo más absurdo. Por último la religión no es, no puede ser idéntica en el fondo á la filosofía, como quiere Hegel, porque si toda la diferencia entre ellas, consistiera en que la una contiene lo absoluto bajo la forma de representación, mientras que la otra lo muestra bajo la forma correcta de la *idea*, el más lógico de los hegelianos sería Strauss, pues en tal hipótesis la religión sería *arte*, ó cuando más, *arte y ciencia*. No; la religión es, ante todo, el dogma, el símbolo, el misterio, algo que recuerda al entendimiento humano su limitación y su flaqueza, algo que es superior á la razón y que por esto se la impone y la obliga á la fe, sintiéndose impotente para Hogar á la evidencia.

¡Ah! Contradicción asombrosa que prueba lo deleznable del criterio individual, aun en los críticos y filósofos más soberbios. Strauss ha escrito un libro para demostrar que *no existe el misterio*, y sin embargo, es él quien á propósito de la monarquía, ha estampado estas elocuentísimas frases: «Hay en la monarquía hereditaria algo de enigmático y hasta de absurdo; pero precisamente en esto reside el secreto de su superioridad. *Todo misterio* parece absurdo, y sin embargo, *no hay nada profundo, ni vida, ni arte, ni Estado, sin el misterio.* » Strauss, en un

momento de inspiración, olvidado de las preocupaciones de escuela, dejó escapar de sus labios la verdad. La observación vulgar y la experiencia diaria enseñan que hay arcanos impenetrables hasta en la formación, crecimiento y modo de funcionar del organismo de una planta ó un reptil, ó en las mil enfermedades del cuerpo humano, que la medicina no acierta á explicar. ¡Y qué diremos del lenguaje, de la formación de la primera pareja humana, de la esencia del movimiento y del calor, del acto de la generación, del fenómeno prodigioso del pensamiento, del sueño y la vigilia, del juicio y la demencia, de la vida y la muerte, de la unidad ó la multiplicidad de mundos, de su eternidad ó limitada duración, y de tantos otros problemas planteados desde los tiempos más remotos, y que cada filósofo resuelve á su manera; siendo esta variedad y anarquía de opiniones una prueba decisiva de que no se ha encontrado la verdadera solución! No afirmo que algunos de esos problemas no vengán á resolverse en lo futuro, pero me parece evidente, sobre todo después de la crítica de la razón hecha por Kant, que nuestro entendimiento, sometido á ciertas leyes ó categorías, tales como la del *espacio* y el *tiempo* y el *principio de causalidad*, no podrá jamás llegar á resolver la oposición de lo finito y lo infinito, ni á conocer las esencias, y mucho menos la de Dios, *superior al tiempo y al espacio*, *causa de sí mismo*, *sin principio ni fin*, *Creador de todas las cosas*, y sin embargo, *distinto de las esencias que de Él emanan*. Por esto, hasta Renán mismo, si de ordinario presenta á Dios como un mero ideal del pensamiento, vacila en ocasiones y considera al gran *Noúmeno* como una realidad misteriosa é inaccesible á la ciencia y á la certidumbre humanas. Y lo es en efecto. Para que no lo fuera, sería preciso que se trasformara nuestra naturaleza, convirtiéndose de perfectible en perfecta, ó lo que es igual, que el hombre perdiera su limitación y se trasfigurara en Dios. Y en la imposibilidad de que tal suceda, resulta que si es dado á la ciencia *entrever algo racional en el misterio*, jamás llegará á explicarle por manera natural, de suerte que, si no, sería justo comparar á la razón, como lo hace el teólogo Claudius, con el gusano de luz que brilla, y, sin embargo,

se arrastra por el suelo, en cambio debemos repetir con él que, si puede la razón humana, como Moisés desde la cima del monte Nebo, divisar la tierra prometida, le está vedado poner en ella la planta. Por esto será verdad, á despecho del insigne hegeliano Vera y de todos los filósofos idealistas y positivistas, así como de los teólogos racionalistas, que el misterio y el milagro muestran á la razón humana la existencia de una razón superior é inescrutable, á la que está en verdad íntimamente unida, pero ante la cual se ve obligada á inclinarse, y que precisamente la religión consiste en esta *anión mística*, en que la razón humana hace *acto de fe y de sumisión á la razón divina* ¹:

5.º Pero no es lo peor que Krause, contradiciéndose á sí

1 Siendo que las proporciones, ya desmedidas, de este discurso, no me permitan discutir á fondo la tesis fundamental de la existencia del *misterio*, no ya con las escuelas idealistas, sino también con el darwinismo y el trasformismo, y en general, con todas las escuelas positivistas y materialistas. Algo, sin embargo, lie de decir de éstas, aunque sea muy ligeramente y en una simple nota.

En 1874 los más reputados naturalistas de Europa, como si se hubieran dado cita, disertaron en sus respectivas Academias contra lo sobrenatural, y en todo rigor—¿por qué no decirlo?—contra la idea de un Dios creador y ordenador del Universo, pretendiendo que la ciencia no puede admitir nada que sea inaccesible a la observación, y no esté fundado en la *acción de las leyes de la naturaleza*.

Y, sin embargo, el sabio Tyndall, panegirista apasionado de Demócrito, Empédocles, Epicuro, Lucrecio, Bruno, Darwin, Huxley, Spencer y Haeckell, y acusado, con sobrado motivo, de materialista ateo, comienza su discurso con estas palabras, que son un mentís á su teoría de la evolución y del poder creador de la materia: «El hombre primitivo, bajo la influencia de un *impulso innato*, fija su mirada en el mundo é investiga, etc.» Más tarde, después de acusar á todas las generaciones que se han sucedido durante tres mil años por haber desdeñado á Demócrito y exaltado á Aristóteles y Platón, estampa estas notables frases: «En cuanto á este gran problema, que se presenta *como un enigma eterno*, la admirable adaptación de un órgano á otro y de todo el organismo á las condiciones de la vida, Demócrito no intentó siquiera, resolverle.» Por último, Tyndall hace notar que el *origen* de la vida es un punto muy ligeramente tocado por Darwin y Spencer; que disminuyendo cada vez más el número de progenitores, Darwin llega en fin á lo que él llama *forma primordial*; pero que ignora si admite para ésta

propio, mutila nuestro ser, suprimiendo uno de sus elementos constitutivos. Lo grave es que, absorbiendo la religión en la ciencia, resulta entonces que hay una religión por cada sistema filosófico; y como el movimiento febril de las inteligencias en la Europa moderna produce cada día nuevas y más temerarias

el acto *creador* de Dios. Con tal motivo exclama: «Trátase aquí de una cuestión ineluctable. ¿Cómo ha surgido la primera forma?» Y acusando de tímidos á Darwin y Spencer, y dando una nueva y contradictoria noción de la materia, proclama audazmente que ésta tiene el poder de engendrar todas las formas de la vida. Mas á renglón seguido, hablando de la objetividad de las ideas y del excepticismo de Hume y Berkeley, añade: «Para Spencer, como para el hombre del pueblo, la existencia del mundo es indudable; pero mientras que el último se halla persuadido de que el mundo existe tal cual se le aparece, Spencer entiende que los sentimientos íntimos son *paros símbolos* de una entidad exterior que los produce y determina el orden de su sucesión, *pero cuya verdadera naturaleza nos será SIEMPRE desconocida*. Y realmente, todo el procedimiento de la evolución es la *manifestación DE UN PODER ABSOLUTAMENTE INESCRUTABLE para la inteligencia humana*, y la investigación de este poder es tan difícil en nuestros días, *como lo era en tiempo de Job*. FN MISTERIO INSOLUBLE. *encubre totalmente las causas de la evolución de la vida, de la diferencia de las especies y del desenvolvimiento gradual de las inteligencias, á partir de una época que se pierde en un pasado inconmensurable.*»

Más explícitos que Tyndall, están, si cabe, los demás escritores materialistas. Me limitaré á citar á Bois-Reymond, para no hacer interminable esta nota. «¿Dónde y bajo qué forma apareció la vida por vez primera?» A esta pregunta pocos contestarán con tanta audacia como Bois-Reymond. Según él, «es un error ver en la primera aparición de los seres organizados sobre el globo algo de sobrenatural ú otra cosa que un problema mecánico extremadamente arduo.» Y, sin embargo, exponiendo la teoría de los átomos, con la cual se pretende explicar el acto misterioso de la creación, confiesa que está llena de contradicciones, nacidas de que la inteligencia humana ni lia comprendido *ni podrá comprender jamás* lo que son la *materia y fuerza*; y después, haciendo abstracción de este *primer límite de nuestro entendimiento*, y admitiendo en *hipótesis* que fuera dable conocer la esencia de la materia y de la fuerza, confiesa asimismo que «el hilo de nuestro conocimiento de la naturaleza *se rompe de nuevo* en el fenómeno INCOMPENSIBLE y misterioso del pensamiento, encontrándonos otra vez junto á un *abismo insalvable para la razón del hombre.*» Y proclamando que uno y otro punto serán

hipótesis, que acepta la juventud irreflexiva, rindiendo homenaje, sin saberlo, al poderío de la moda; como los escritores, dominados, no diré que por la soberbia, pero sí por el noble afán de distinguirse, y ganosos de reputación y gloria, hacen gala de su audaz inventiva y de su rica imaginación; como una vez fundidas por los filósofos la fe en la razón y la religión en la ciencia, ya no hay dique ni valladar que contenga el libre vuelo del pensamiento en cada ciudadano; la religión sin una Iglesia infalible que mantenga incólume el sagrado depósito de la tradición y de la fe, y aun sin el lazo del dogma y de la autoridad de los sagrados textos, se fraccionará hasta reducirse á polvo, perdiéndose entre la infinita variedad de las opiniones individuales, como desaparece la majestuosa corriente de un río caudaloso, dividida entre multitud de arroyuelos ó absorbida por las grietas y filtraciones de un lecho permeable.

El fraccionamiento del Protestantismo, que al fin se detiene

perpetuamente dos *arcanos impenetrables* para la flaca humanidad, termina su discurso con estas elocuentes frases: «En presencia de los *enigmas* del mundo material, el filósofo está hace mucho tiempo habituado á pronunciar con varonil resignación el antiguo *veredicto* escocés: IGNORAMUS. ¿Le será permitido, contemplando su carrera victoriosa, abrigar la convicción de que lo que hoy ignora podrá, al menos en ciertas condiciones, llegar á saberlo, y que lo sabrá algún día? No: en presencia de esta cuestión «qué es fuerza y materia, y cómo una y otra dan á luz el pensamiento,» hay que resignarse *de una vez para siempre*, á este veredicto mucho más triste de pronunciar:

«IGNORABIMUS.»

Pues hé aquí la base de la religión positiva, reconocida aun por los que pretenden reemplazar al Ser Supremo por unas cuantas formas primordiales, ó por una infinidad de átomos *divisibles* por el pensamiento, y sin embargo, *indivisibles* por definición y por naturaleza, pequeñas partículas que forzosamente ocupan un pequeño espacio, como que sin esto no existirían, que deben ser absolutamente duras, pues sin esta condición no ocuparían espacio, que son, por consiguiente, pequeños sólidos continuos, y á los cuales, no obstante, se otorgan por una inextricable contradicción los atributos de *lo uno*, *lo absoluto*, *lo infinito*, *lo necesario* y *lo eterno*! !

en la *divinidad de Jesús* y la *autoridad de la Biblia*, y en los países sometidos al régimen parlamentario, la descomposición y trituración de los partidos políticos, á los cuales da cierta cohesión, en los unos la posesión, y en los otros la codicia del poder, si. bre que tampoco se afilia á ninguno de ellos la inmensa mayoría del país, serían un pálido reflejo de la pulverización de la idea religiosa; porque como á todos afecta y preocupa, una vez abandonada á las disputas de los hombres, la soberanía caprichosa del criterio individual, demasiado accesible á las pasiones, sería una nueva torre de Babel, que dispersara á las gentes hasta el punto de que enumerar las religiones fuera sin dada tan difícil como contar las arenas del mar.

6.º Finalmente, una religión meramente natural, racional ó filosófica, no satisface las necesidades de nuestro ser en ninguna de sus fases, ni en el individuo, ni en la familia, ni en la sociedad. Comprendo á Benjamín Constant, filósofo católico que, transigiendo con el espíritu de su tiempo, aplicaba á las ideas é instituciones religiosas, y por tanto al Cristianismo, la ley del progreso que rige la civilización general, haciendo de la tradición primitiva una enseñanza indefinidamente perfectible; pero romper con la revelación y proclamar que no hay más religión que la racional y filosófica, me parece tan temerario como funesto. Decid al navegante, sorprendido por una recia tempestad, que apele á su razón y contemple con ánimo sereno el riesgo inminente del naufragio, y rechazará vuestras palabras indignado; y dando al olvido sus opiniones filosóficas, se prosternará humilde ante el Dios de la revelación y le dirigirá fervientes preces. Decid al padre, á quien la muerte acaba de arrebatár una hija idolatrada, que pida consuelos á la filosofía, y no lograreis infundirle resignación, antes bien, será más acerbo su dolor, sobre todo si tiene la desgracia de pertenecer á alguna de las escuelas materialistas, porque entonces sentirá desgarrársele el corazón y retrocederá con espanto mirando hundirse en los abismos de la nada aquel ser que era el encanto de su ser y la delicia de su vida. Decid al enfermo, que conserva la inteligencia y siente que se aproximan las convulsiones de la agonía, ó

á los hijos que rodean el lecho de su madre moribunda, que la vida y la muerte son fenómenos naturales producidos por la *selección y la lucha por la existencia*; que aquel ser tan querido de sí mismo y de sus hijos es un organismo que se disuelve, y del cual no quedarán más que las moléculas, que irán á formar parte de nuevos organismos, ó que es, por el contrario, una fracción de la esencia divina, y no há menester de intermediarios para comunicarse con el Ser Supremo y unirse á El como á *su todo*, y se horrorizarán de vuestras blasfemias, y pedirán á toda prisa el *Santo Oleo*, ó siquiera, la bendición del sacerdote, que no habla en nombre de su criterio individual, falible y tornadizo, sino como representante y ministro de Dios en la tierra. ¿Cómo dejar entregados á sólo su razón al opulento banquero que, después de haber vivido en el lujo y la magnificencia, pasa por el duro trance de una quiebra que le priva á un tiempo de la fortuna y del honor, al criminal más ó menos endurecido, ó tal vez al inocente que, por un error de la falible justicia humana, es condenado á cadena perpetua; al pobre segador que en los meses del estío gana trabajosamente su sustento, encorvado bajo el rayo abrasador del sol de Andalucía; al mísero obrero de una fábrica de fundición, para quien el alto horno, al pié del cual trabaja sin cesar, es una especie de infierno; ó al aún más infortunado trabajador de las minas, que pasa su vida, expuesta á mil contingencias, debajo de tierra como el topo? Y en cuanto á las muchedumbres, que no tienen más patrimonio que el trabajo de sus manos, ni otra perspectiva para sí y su familia que continuas y forzosas huelgas, enfermedades, hambre, dolores y miserias, si en vez de infundirles resignación presentándoles en lontananza, como compensación de sus padecimientos y virtudes, la bienaventuranza eterna, hacéis de modo que asome á su afligido espíritu la duda sobre la *divinidad de Jesús* y la *vúla futura*; si les enseñáis los mandamientos de la *ley de Krause*, en lugar de los preceptos de la *ley de Dios*; si les predicáis el amor á la naturaleza diciéndoles que esta tierra es una fija y cómoda morada, en vez de un valle de lágrimas y un áspero camino de peregrinación para llegar al cielo, pronto veréis el

organismo social roto en mil pedazos al empuje de las desbordadas pasiones de la multitud, á la manera que un tren, marchando á todo vapor sin maquinista y sin freno, se sale de los rails y se precipita en un derrumbadero, ó se hace astillas al chocar en los peñascos.

No: el individuo, la familia y la sociedad, para llenar sus destinos, han menester de una autoridad *más alta y mejor obedida* que la de la razón humana. El hombre no puede pasar sin una religión positiva; quiere que le hablen de lo alto y no gusta de arrodillarse sino mirando al cielo: las especulaciones científicas, y las fórmulas abstractas y poco inteligibles de la filosofía, no satisfacen todas las necesidades de su corazón y de su espíritu. Las masas desheredadas, que forman la inmensa mayoría de los vivientes, y las clases ricas, siempre exiguas, en los días de amargura, cuando caen en el abatimiento y el desmayo, precisamente porque tocan la impotencia de la razón humana y lo flaco y endeble de nuestra naturaleza, necesitan creer y creen en un Dios magnánimo, que forma al hombre á su imagen y semejanza y le coloca en el Edén, declarándole el Rey de la creación; en un Dios justiciero, que castiga con la caída la rebeldía del pecado; en un Dios misericordioso, todo amor, todo caridad, que levanta á su privado del polvo en que se arrastraba, que desciende hasta él para elevarle á su trono, que se hace su igual revistiendo su forma y encarnándose en su flaca naturaleza, que después de enseñarle la verdad y anunciarle la buena nueva, sufre los acerbos dolores de la pasión, sube al Calvario, abrumado, más por la ingratitude y las calumnias del pueblo escogido, que por el peso de la cruz, y que ya clavado en ella, compadece y perdona á sus verdugos, momentos antes de que su espíritu divino, rompiendo el lazo que le unió pasajeramente á la carne, se elevara á la mansión celeste.

La mujer, que es todo sentimiento y que forma la mitad del género humano, influyendo soberanamente en el ánimo del marido, del padre y del hijo que forman la otra mitad, la inmensa mayoría de los hombres, que viven y vivirán perpetuamente del trabajo de sus manos, y hasta los pocos que se con-

sagran al estudio y en quienes las adversidades de la suerte, el ruido de las disputas, la anarquía de las opiniones y de las escuelas, y más que todo, el espectáculo de la falibilidad é impotencia de la ciencia humana para curar las enfermedades del cuerpo y del espíritu, tan frecuentes y graves en la edad madura, quebrantan pronto la fe en la razón individual, excesiva en los años juveniles, ó no comprenden ó desprecian las fórmulas abstractas y vacías de la metafísica; mientras que su corazón palpita, y hierve su pecho de entusiasmo, y prorrumpen sus labios en himnos de alabanza, al recordar la sencilla y patética oración de Jesús en el monte de las Olivas, aquella profética exclamación: « Mi alma está triste hasta la muerte: » su entrada triunfal en Jerusalem y la terrible tragedia del Gólgota, donde el Nazareno, el Hijo de Dios, hecho hombre, sufre las angustias de la agonía, sin perder un instante la confianza de su triunfo en la tierra y en el cielo, y glorificando y santificando el dolor, espira en la cruz por la redención de la humanidad, murmurando estas sublimes palabras: « Todo está cumplido según las promesas de las Santas Escrituras: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu ».

No se me oculta, al decir esto, que tal vez el mundo sabio guardará para mí una sonrisa de desden; no importa. Yo sé que, á pesar de sus pronósticos, pasarán siglos y siglos, y la edad de la armonía de Krause no vendrá, porque lo impide la limitada naturaleza humana, y los pueblos seguirán creyendo, so pena de disolución, en la Revelación positiva, en Dios, en la vida futura y en la autoridad de los sagrados textos. Y porque lo veo así con evidencia, y tengo de ello absoluta certidumbre, por eso me atrevo á decir á los filósofos y publicistas: «Dad en buen hora rienda suelta á vuestras investigaciones: ni puedo ni quiero poner coto á la libertad de vuestro pensamiento; pero tened, por Dios, moderación; no perturbéis la marcha ordenada de la sociedad, no envenenéis las fuentes de la vida; no envolváis á la Europa con vuestras doctrinas y funesta propaganda en el sudario de muerte del descreimiento y la impiedad ». — HE DICHO.